

BIOGRAFIA
DE
DON CAMILO ORTÚZAR, Pbro.

DE LA
Pia Sociedad de San Francisco de Sales

AUMENTADA Y TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR EL
Señor Don Diego de Castro

(Con licencia eclesiástica)



BM
SARRIÁ-BARCELONA
ESCUELA TIP. Y LIBRERÍA SALESIANA

1903

ES PROPIEDAD



UNA EXPLICACIÓN NECESARIA

Bajo los auspicios de la pía Sociedad Salesiana, el Rev. Padre Juan B. Francesia, de la misma Congregación, publicó á fines del año 1897, en Turín, un pequeño volumen que contenía la Biografía de tres Sacerdotes Salesianos, fallecidos hacía poco tiempo; una de ellas la del Presbítero Don Camilo Ortúzar, á pesar del interés y buena voluntad del autor, pero debido á la falta de datos y de medios de adquirirlos en Italia, contiene algunos errores y omisiones de muchos de los más importantes sucesos de la vida del virtuoso Sacerdote y precisamente aquellos en que más resaltan las raras y más relevantes prendas de su carácter.

Teniendo en consideración el tiempo transcurrido desde que el señor Ortúzar entró en la Sociedad Salesiana, hasta su muerte, semejantes faltas, sobre todo, las de omisión,

podrían parecer extraordinarias á personas extrañas y debemos, por lo tanto, explicar, que durante los siete ú ocho años, que el Presbítero Ortúzar perteneció á la Sociedad, y vivió en diaria y constante comunicación con sus hermanos en religión, jamás, ni incidentalmente, se le escapó una sola palabra que hubiera podido hacer comprender, ni aun siquiera sospechar, la importancia de los cargos que había desempeñado en su país, y mucho menos, la posición que hubiera podido ocupar más tarde, si su excesiva humildad y su inclinación á la vida retirada del claustro, no lo hubieran decidido á abandonar su patria y á huir de empleos y dignidades. En efecto, como se verá por la relación que hace el padre Francesia de su entrada en la Sociedad Salesiana, él se presentó al venerado Fundador de ella, el inolvidable Don Bosco, como un Sacerdote obscuro y humilde, y aceptó y se sometió sin vacilar, á las duras reglas de la Congregación, como el último de los novicios. Así se explica, cómo, y por qué, en dicho libro no se haga sino muy ligera mención de sus valiosos y abnegados servicios como Capellán de la Armada chilena, durante la guerra del Pacífico, ni como Inspector y Vicerrector del Seminario de Valparaíso; ni de su nombramiento como Vicario Apostólico de Tarapacá, con episco-

pales facultades por el Delegado Apostólico, Monseñor Mocenni, por recomendación especialísima del entonces Vicario Capitular de la Archidiócesis de Santiago, el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Anazarba, Monseñor Don Joaquín Larraín Gandarillas. Tampoco es de extrañar que habiendo permanecido en ese importante puesto durante cinco años, sólo aparezca como un simple teniente cura de una parroquia de Iquique, y, finalmente, que para nada se mencionen los reiterados ofrecimientos del Obispado de Ancud; que le hizo el presidente de Chile, señor Santa María; ni del de Tarapacá, que, de acuerdo con la Santa Sede, le hiciera el Ilmo. y Rdmo. Señor Arzobispo de Santiago, Monseñor Casanova, ni de los repetidos ofrecimientos de diferentes puestos importantes, por el mismo señor Arzobispo, á fin de retenerlo en el país.

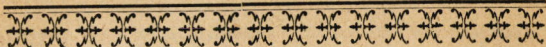
Monseñor Santiago Costamagna, Obispo titular de Colonia, miembro de la Sociedad Salesiana, que, por su larga permanencia en las repúblicas sudamericanas, y, en especial, en Chile y la República Argentina, ha tenido ocasión de conocer muchos de los pormenores de la meritoria vida de este ejemplar Sacerdote, estimando en todo su valor tanta humildad y tanta abnegación encerradas en este silencio y olvido de sí mismo, y

deseando honrar su memoria, y, al mismo tiempo, presentar su vida como un ejemplo digno de ser imitado, emprendió la tarea de hacer la pequeña edición española de dicho libro, que hoy ofrecemos, corregida y completada con datos fidedignos, suministrados por miembros distinguidos del Clero Chileno y algunos particulares, testigos irrecusables de los hechos, quienes por su posición y por sus relaciones con Don Camilo, están al corriente de los sucesos de su vida, hasta su salida del país, en 1887.

Sin dar á esta publicación proporciones mayores que las que permite el carácter mismo de la obra, no era posible entrar en muchos pormenores, que ha sido necesario omitir ahora, pero que verán la luz más tarde, cuando con mayor tiempo y espacio, pueda escribirse la historia completa de este virtuoso y ejemplar Sacerdote, cuya vida, aunque corta, fué tan laboriosa y fecunda en buenas obras, y sin duda alguna, tan meritoria á los ojos de Dios.

DON CASTRO.





CAPÍTULO PRIMERO

Un consejo de Don Bosco.— Pan, trabajo y Paraiso

Un día del mes de Septiembre de 1887, llegaba al Oratorio de San Francisco, de Turín, un Sacerdote extranjero, que en el más puro francés decía venir de la lejana tierra de Chile.

Su modesto aspecto y semblante dulce y sonriente, revelaban un alma tan franca é ingenua, que, al mirarlo no podía uno menos de sentirse en presencia de un siervo de Dios.

Había venido, según decía, con el objeto de consultar á don Bosco, respecto de su vocación; pero, desgraciadamente nuestro venerado Padre, estaba ya tan delicado de salud, que sólo en casos excepcionales se permitía á un extraño acercarse á hablarle. Así, pues, el recién

llegado tuvo que conformarse con ser recibido por su Vicario, Don Rúa, con quien estuvo conversando largo rato sobre asuntos indiferentes. A la despedida, después de pedirle la bendición de María Auxiliadora, le manifestó la gran pena que le causaba tener que regresar, sin haber logrado hablar con Don Bosco.

— He venido directamente, le dijo, de Paray-le-Monial, con el exclusivo objeto de consultar á Don Bosco sobre mi verdadera vocación.

—¿Pero no es usted ya Sacerdote?

—Sí, por la gracia de Dios; pero deseo entrar en la Compañía de Jesús, y antes de hacerlo, querría persuadirme de que el Señor me llama en realidad á ella.

—Si es sólo para eso, replicó Don Rúa, veré á Don Bosco y le preguntaré si puede recibirle. Por el estado en que nuestro buen Padre se encuentra, no queremos, por ahora, darle ningún trabajo fuera del indispensable, pero tiene una vista tan clara y penetrante, que pronto sabrá de que se trata y dirá á usted su opinión sin fatigarse. Espere usted unos instantes. Y diciendo esto, penetró en la habitación de Don Bosco. Poco después volvió muy sonriente, diciendo: Pase adelante, Don Bosco le espera.

Cuando nuestro Sacerdote, que no era otro que Don Camilo Ortúzar, entró en el cuarto de Don Bosco, se sintió tan emocionado, que no habría sabido qué decir si Don Bosco mismo no le hubiese abierto el camino, dando principio á la conversación. Al ver á Don Bosco, cayó Don Camilo involuntariamente de rodillas, para besar la mano que éste le tendía, diciéndole con su habitual bondad:

—¿Conque, viene usted de Chile?

—Sí, Don Bosco.

—¿Conoció usted allí á nuestros Salesianos?

—No he tenido esa dicha, pues yo salía para Europa, cuando ellos llegaban á mi país.

—Y ahora, ¿cuándo se propone usted regresar allá?

—He venido precisamente á que me diga usted cual es la voluntad del Señor respecto de mí. Tuve en Chile la intención de entrar en la Compañía de Jesús y salí de allí resuelto á llevarlo á cabo, si mi madre no se oponía á ello; pero al llegar á París, en donde reside ella con algunos de mis hermanos, me aconsejaron ellos y un Sacerdote amigo, que no precipitase mi decisión, y que, de todos modos, no tomase ninguna sin consultar

antes á usted. Todavía indeciso quise visitar los Santuarios de Paray-le-Monial y de Lourdes, para pedir al Señor que me iluminase, y, en efecto, me puse en viaje para el primero, adonde llegué cuando se trasladaban las reliquias de la Beata María Alacoque de una capilla á otra, y faltaba justamente un Sacerdote para completar el número de los que debían conducirlas.

Tuve la suerte de ser ese Sacerdote y pidiéndole en aquel momento á la Santa me inspirase el camino que debería tomar, sentí como una voz interior que me decía viniese aquí. He venido, pues, para que usted me diga qué debo hacer.

Don Bosco mientras tanto había tratado de que Don Camilo se levantase, pero éste, lo mismo que San Pablo antes de su conversión á los pies de San Ananías, permaneció en su humilde postura.

Don Bosco, según su costumbre, tenía fija en él su mirada dulce y escudriñadora, y en seguida le dijo:

—¿Quiere usted hacerse Jesuíta?

—Sí, Don Bosco.

—¿Y por qué no Salesiano? ¿No le parece que es el Señor mismo quien le ha conducido aquí?

—A la verdad, no había pensado en ello.

—Usted quiere trabajar, ¿no es cierto? Pues bien, aquí encontrará *pan, trabajo y Paraíso*. Y el trabajo será tanto, que no tendrá ocasión el demonio de tentarle.

En aquel momento la campana de María Auxiliadora tocaba las doce y Don Bosco invitó á su huésped á recitar el *Angelus* con él. Confesó después Don Camilo, que en aquel instante era tanta su alegría que creía encontrarse en el Paraíso.

Continuaron conversando sobre diferentes asuntos y principalmente respecto de Chile, hasta que vinieron á avisar que estaba servida la comida. Con su genial afabilidad, invitó Don Bosco á Don Camilo á que le acompañase á almorzar y le hizo sentar á su lado para tenerle á la vista ó acaso cediendo al interés y simpatía que desde el primer momento debió inspirarle.

Durante la comida el futuro Salesiano, dominado por su idea de volver á Francia para incorporarse á la Compañía de Jesús, no se daba completa cuenta de lo que oía y pasaba á su rededor, y no comprendiendo el deseo de Don Bosco de

que permaneciese á su lado, volvía siempre sobre su tema favorito, y Don Bosco con paternal insistencia le repetía: «Pan, trabajo y Paraíso, son tres cosas que puedo ofrecerle en nombre del Señor.»

Estas palabras le produjeron al fin el efecto de hacerle pensar si no sería en realidad voluntad de Dios que se hiciese Salesiano. Y en su interior se decía: «En París me refirieron tales maravillas de Don Bosco, que debo creer que es un Santo. Todo en él hace pensarlo así; su caridad, su mansedumbre y la piedad que veo impresa en su semblante. Él me insta á que me quede á su lado y yo persisto en irme. ¿Para qué he venido yo entonces á consultarlo, si en vez de seguir sus consejos, he de obedecer tan sólo mis ideas y llevar adelante mis planes? ¿Y si me equivoco por terco? Él es un Santo, y habla sin duda alguna, por inspiración divina, y no me corresponde á mí contrariarla. Está, pues, escrito que yo he de hacerme Salesiano.»

Al mismo tiempo que él hacía estas reflexiones, nuestros superiores trataban de los más altos intereses de la Congregación, privándose hasta de ese pequeño descanso tan natural á las horas de comida, y nuestro Don Camilo, en medio

de sus cavilaciones, los seguía con interés en sus viajes imaginarios de un extremo á otro del mundo, en pos de nuestros misioneros esparcidos en tan diversos y remotos países, y se maravillaba de que Don Bosco, no solamente siguiese paso á paso la discusión, sino que en ocasiones, se anticipase á ellas con sus sabias previsiones, como si hubiese tenido el poder de leer en el porvenir, y atravesar los espacios, y como si sus achaques, su avanzada edad y el cansancio consiguiente á sus largos años de constante labor, no hubiesen sido suficientes para quebrantar su energía ó debilitar sus facultades intelectuales.

Don Bosco, abandonando la conversación general y dirigiéndose á Don Camilo le dijo: —Amigo mío, le ofrezco de nuevo en nombre del Señor, *pan, trabajo y Paraíso*.

—Los acepto, Don Bosco, contestó al momento.

Esta respuesta, dada con toda sencillez pero con decisión, hizo sonreír con dulce satisfacción á Don Bosco, y volviéndose hacia Don Rúa, que se encontraba á su diestra, dijo: —Don Bosco tendrá que marcharse dentro de poco, pero deja en su lugar á Don Rúa. Él queda

encargado de dar á usted el pan (dirigiéndose á Don Camilo) el trabajo no habrá de faltarle y Don Bosco lo esperará allá arriba, para darle en nombre del Señor el Paraíso.

Arregladas así las cosas, creyó Don Camilo, que, habiendo prestado su consentimiento su buena madre para que entrase en la Compañía de Jesús, debía volver á Francia á explicarle las razones que había tenido para cambiar de resolución, y, al mismo tiempo, recoger las cosas que había dejado detrás, pues viajaba sólo con una maletita que contenía apenas lo absolutamente indispensable á su persona, y despedirse de su madre y hermanos; pero Don Bosco, que tenía prisa de ver á este nuevo hijo en su puesto de labor, en donde tan útil debía ser, le dijo:—Puede usted estar tranquilo respecto de su señora madre;—y con voz profética, agregó:—Ella aprobará y aplaudirá su resolución..... Por lo demás, siga usted adonde lo llaman sus nuevos deberes y esté seguro de que nunca se arrepentirá de haber obedecido como buen soldado de nuestro Señor.

El mismo día, nuestro nuevo hermano, acompañado de Don Barberis, iba á Val-sálice á empezar su noviciado.

CAPÍTULO II

Quien era Don Camilo Ortúzar. — Su vocación. — Hechos de su juventud

Don Camilo Ortúzar y Montt, nació en la ciudad de Santiago, capital de la república de Chile, el 15 de Julio de 1848. Sus padres, D. Àngel Ortúzar, y Doña Carolina Montt de Ortúzar, descendían de distinguidas familias de origen español, que desde tiempo inmemorial han figurado con brillo en aquella república. Por su educación y por tradición fervientes católicos, se esmeraron en criar á sus hijos cristianamente y darles una educación de acuerdo con su posición social y robustecida por el buen ejemplo.

El Señor Ortúzar murió dejando los hijos de este su segundo matrimonio, en edad en que todavía no eran capaces de valerse á sí mismos; pero por fortuna les quedó para reemplazarlo, una madre inteligente y de grán corazón, que con la dulzura y suavidad de maneras de una gran señora, y con la energía y fir-

meza de una matrona romana, supo cuidar de su educación y bienestar con un interés y una abnegación dignos del mayor encomio. Sus hijos, todos salieron bien inclinados y tuvo ella la buena suerte de ver coronados sus esfuerzos en su educación; pero siendo Camilo en particular piadoso por naturaleza, sumamente aplicado y estudioso y de un corazón puro y recto, la buena semilla tenía que germinar en él y producir los mejores frutos.

Salido de la escuela de primeras letras, fué necesario pensar en estudios más serios y elevados; y á este fin se le puso en el Seminario de Santiago, con uno de sus hermanos, para que empezase humanidades, las que cursó con gran provecho. Terminadas éstas, fué cuestión de resolver si debía continuar en el Seminario ó pasar al Instituto Nacional, para tomar el grado de bachiller y seguir una carrera. Esta última, fué la opinión de sus hermanos mayores y de otros parientes cercanos; pero Camilo, que desde muy niño se sentía inclinado á la carrera eclesiástica, prefirió quedarse en el Seminario; y su buena madre que, con ese instinto materno que todo lo adivina, había comprendido las disposiciones de su hijo,

creyó llegado el momento de que él se pronunciase respecto de sus verdaderas inclinaciones y siguiese sus estudios de acuerdo con éstas; y así se hizo, manifestando el joven sin vacilar, que su resolución estaba hacía tiempo tomada, que era la de ordenarse, apenas tuviese la edad necesaria, si obtenía el consentimiento de su madre. Sus hermanos, temiendo que por su edad y carácter alegre y vivo, esta inclinación pudiese acaso ser sólo pasajera, no querían que precipitase su resolución, sino más bien que se tomase tiempo bastante para madurarla, y á este fin, le abrieron varios partidos ventajosos para que se dedicase á los negocios y, entre otros un viaje á Europa, que es siempre allí halagador para un joven, pero Camilo estuvo inexorable, y ante su firmeza y decisión fué necesario ceder y someterse, declarando él solemnemente que había sentido esta inclinación desde muy niño y que su vocación era no sólo de hacerse Sacerdote, sino que creía que Dios le llamaba á la soledad del claustro, que ese era todo su anhelo. En vista de esta insistencia suya, se resolvió que quedase en el Seminario y siguiese los estudios eclesiásticos.

Explicando más tarde Don Camilo su

resolución, que para sus mismos hermanos, á pesar de conocer sus sólidos sentimientos religiosos, había parecido repentina, dijo que no solamente había sentido la vocación al Sacerdocio, sino que creía además que Dios lo llamaba á su servicio y empezó á recordarles los innumerables peligros de perder la vida, en que, desde su niñez, se había encontrado y de que había escapado por la visible protección de la Divina Providencia.

En efecto, increíble es el número de veces y extraordinarias las circunstancias en que su vida estuvo en riesgo inminente, y para no extendernos demasiado, nos concretaremos á mencionar las más notables y de que fueron testigos muchas personas que todavía viven y que las recuerdan con admiración.

Una vez, muy niño aún, hallándose con su familia en una de sus propiedades de campo, estaba en el parque con sus hermanos al cuidado de su aya, cuando penetró en él un toro furioso. Llenos de terror, tanto los niños como los criados huyeron despavoridos, sin notar, en medio del susto, que el pequeño Camilo se había quedado atrás. El toro lo alcanzó sin dificultad y levantándolo con los cuernos, lo arrojó á

una distancia considerable, rasgándole completamente el vestido.

Asegurado poco después el animal, y pasado el peligro, buscaron al niño y le encontraron naturalmente muy asustado, pero tan sólo con ligeras contusiones, cuando le creían despedazado y acaso muerto. En otra ocasión, ya un poco más grande, encerrado por castigo en un cuarto, tropezó con un plato de pan con leche, preparado con arsénico para las ratas, y hallándole apetitoso, se lo comió.

Por una circunstancia verdaderamente providencial, se descubrió esto á tiempo para que pudiesen prestársele los cuidados necesarios y salvarle, con gran sorpresa, hasta del mismo médico que le asistió, el cual desesperaba de su salvación. Años más tarde, viajando con dos de sus hermanos en una noche oscura, al travesar un puente, su caballo puso el pie en falso, con tan mala suerte, que Camilo cayó al suelo, y no teniendo el puente baranda ni antepecho, fué á dar al fondo pedregoso de un canal de desagüe, de cuatro á cinco metros de profundidad. Los hermanos, al alcanzarlos el caballo sin el jinete se volvieron asustados á buscarle, llamándole á gritos, y á sus lamentos, le encontraron en el fondo del canal, de donde

con gran trabajo le sacaron, sirviéndose de dos ó tres ponchos atados unos con otros.

Pasado algún tiempo, encontrándose también en el campo acompañado de un hermano suyo, haciendo funcionar en la era una trilladora á vapor, muy pocos momentos después de haberse alejado de aquel lugar, estalló la caldera de la máquina. Quedaron muertos ó heridos los peones y otras personas que estaban por allí cerca, y los pedazos de hierro y de madera de la máquina llegaron hasta los pies de los dos jóvenes sin causarles, fuera del susto consiguiente, el menor daño.

Las caídas del caballo y otros accidentes de igual naturaleza en el campo, fueron innumerables, pero siendo éstas tan frecuentes, en un país, en donde, por necesidad y por afición, se hace constantemente uso del caballo en viaje ó paseo y se monta animales fogosos ó mal adiestrados, poco se fijó en tales sucesos al principio; pero más tarde, reflexionando sobre ellos, empezó á darse cuenta de la frecuencia y gravedad de esos accidentes y á ver en ellos la mano de la Providencia, que le protegía y cuidaba de una vida que él parecía estimar tan poco.

Lleno de gratitud por tantos y tan repetidos favores del Cielo, su amor á Dios y á su Santísima Madre se hizo cada día más ferviente, y de ahí, su decisión de dedicar su vida á su santo servicio.

CAPÍTULO III

Precioso documento sobre la vida de Don Camilo en su patria

Debemos á la pluma del Presbítero chileno, Don Carlos Cruzat Hurtado, cura párroco de la Estampa, en la ciudad de Santiago de Chile, la relación que sigue de la vida de Don Camilo, desde su entrada en el Seminario hasta su partida para Europa.

El señor Cruzat fué contemporáneo y amigo del señor Ortúzar y gran admirador de sus virtudes, y como testigo que fué de los hechos que refiere, merece entera fe y crédito su palabra autorizada é imparcial. Dice el señor Cruzat:

« *Ilmo. Señor:*

» Agradezco en el alma á V. S. Ilma. la oportunidad que me presenta para cum-

plir con un deber que me imponían el cariño y la lealtad al amigo, la admiración á la virtud y el homenaje á la memoria del que fué ejemplar Sacerdote y eminente ciudadano.

»Agitado constantemente por las variadas labores del Ministerio parroquial, á la noticia de la muerte de Camilo Ortúzar, no tuve otra ofrenda que mis oraciones y abundantes lágrimas. Quizás entonces mi pluma se habría quebrado en el papel. El dolor de tanta desgracia era demasiado intenso. La distancia, la ausencia de algunos años, no habían debilitado en mi alma los puros y profundos afectos que á tan caro amigo profesaba.

»Me empeñaré en satisfacer los deseos de S. S. Ilma., procurando traer á mi memoria los recuerdos de aquella amistad franca y sincera.

»No busque, Ilmo. Señor, las bellezas de una composición literaria, que para este trabajo el tiempo es escaso y el autor sin mérito.»

I

Estudios y carácter de Camilo

En los primeros días de Marzo del año 1864, ingresé en el Seminario de Santiago, en la clase preparatoria y luego tuve oportunidad de conocer á Camilo Ortúzar, niño del curso inmediatamente superior. Una misteriosa simpatía nos atrajo recíprocamente; y él, como mayor en edad y alumno, hacía dos años, en el colegio, se encargó de velar por mis primeros pasos en la vida de seminarista.

Tenía, Camilo, atractivos irresistibles: carácter dulce y bondadoso, conversación fácil y amena; siempre risueño y alegre, era el primero en organizar los diversos juegos en la hora de la recreación y se distinguía por su franqueza y generosidad. Noble y rico por su cuna, aventajado en la piedad, de clara inteligencia, de finos modales, elegante, á la par que modesto en el vestir, de facciones hermosas, era especialmente estimado por los superiores y alumnos del Seminario.

Siguió su curso de humanidades con feliz éxito en sus exámenes, hasta terminar el estudio de la filosofía. Fueron sus profesores: los Presbíteros Don Primitivo

O’Ryan, Don Salvador Donoso, Don Juan Escobar, Don Luis Vergara Donoso, Don Francisco Quintanilla, el Rdo. Padre Zoilo Villalón, y otros distinguidos Sacerdotes. Una circunstancia particular me hizo conocer íntimamente el grado de virtud y las bellas cualidades de mi querido amigo. Nombrados ambos capilleros de la Congregación de María, le veía consagrar los momentos de descanso al arreglo de aquella capillita en donde se honra con especial culto á la Santísima Virgen; tenía cuidado particular en el aseo del altar y arreglo de los paramentos sagrados; era solícito, minucioso, prolijo en cada uno de los detalles de lo que concernía al cumplimiento de sus deberes.

Había puesto su conciencia bajo la dirección del noble Padre Zoilo Villalón, religioso de la Compañía de Jesús, y meditaba á los ojos de Dios el porvenir de su alma.

Le ví muchas veces en ferviente oración á los pies del altar de la Congregación; pedía á la buena Madre le alcanzara gracias especiales de Nuestro Señor, para conocer su vocación. Tenía á su vista en la sociedad un porvenir halagador, posición brillante de su familia, fortuna, el cariño de su madre y hermanos; y, por

otra parte, la vida de sacrificio en el colegio, privaciones, estudios y todas aquellas pruebas á que están sometidos los que han de ser más tarde Ministros de Jesucristo, Apóstoles del Evangelio y Defensores de la Verdad.

Camilo no podía aspirar al Sacerdocio más que por un grande amor á la gloria de Dios y á la salvación de las almas.

Resuelto á servir á Dios toda su vida, con ánimo generoso y grande espíritu de sacrificio, se inició en la carrera clerical, recibiendo la primera tonsura de manos del Ilmo. Arzobispo Valdivieso, el 12 de Julio de 1868. El mismo prelado le confirmó las Órdenes menores en la capilla de su casa habitación, el 2 de Mayo de 1869.

II

Sacrificio generoso

Si el corazón se alivia con el llanto y la naturaleza purifica sus elementos con las grandes conmociones, los que han de alcanzar un alto grado de perfección en la virtud, han de sacrificar también el bienestar y comodidades materiales, para poseer vigorosa la vida del espíritu.

Iniciaba Camilo sus estudios de Teo-

logía dogmática; su señora madre debía emprender un viaje á Europa por un tiempo indeterminado; la llevaban motivos de salud, y quizás se alejaba para no regresar más á la patria.

Ruda batalla se dió en el corazón de Camilo; su madre, el sér más querido de su alma, y sus hermanos, le instaban á que marchara con ellos; en algún Seminario de Francia podría hacer sus estudios; viajar y conocer el viejo mundo le sería de gran provecho. No hubo vacilaciones; desdeñó con energía esos halagos y separado de los suyos, se consagró á la oración y al estudio.

Pruebas de otra clase le esperaban en el colegio, en que venció la humildad al amor propio. La sujeción y docilidad á la voluntad de sus superiores, le hicieron sobreponerse á los ímpetus de orgullo y á los estímulos de insubordinación que, con tanta ligereza, ofrecen los compañeros en las aulas.

Camilo sufrió en silencio y sus actos pueden apreciarse, sin exageración, como de un santo. De tal lo han calificado personas que ocupan los primeros puestos en la Iglesia.

Su ejemplar conducta y sólida virtud le hicieron merecer el alto concepto de

sus Prelados y conquistar la admiración de los que le trataban, ya en la intimidad del colegio, ya en las relaciones sociales.

Fué un joven modelo, que muchos deseaban imitar.

III

Es nombrado Prefecto de los alumnos del Seminario. — Recibe las Sagradas Órdenes

El Ilmo. y Rmo. Señor Valdivieso, se esmeraba en el conocimiento cabal de las cualidades de los jóvenes estudiantes de Teología. Como habían de compartir con él las arduas y penosas tareas del Ministerio eclesiástico, los futuros Sacerdotes eran objeto de la constante preocupación del ilustre metropolitano. La situación difícil en que se encontraba Camilo en el Seminario de Santiago no era desconocida por el Señor Valdivieso, como no lo eran sus méritos y virtudes. Con aquella prudencia exquisita que distinguía al Prelado, con aquel tacto y dón de gobierno que en él sobresalían, eligió á Camilo para ocupar el puesto de Prefecto de alumnos internos en el Seminario de San Rafael en Valparaíso; se extendió su nombramiento el 20 de Marzo de 1872.

Se abría un nuevo campo de acción al joven minorista; el inspectorado en los Seminarios exige mucha abnegación. La vigilancia de los alumnos de día y de noche, estudiar el carácter de ellos, estimularlos con los consejos y buen ejemplo, á la práctica de la virtud y al aprovechamiento en los estudios, velar por el alimento y moralidad, por la salud y el aseo, son la obra constante de un Prefecto celoso de sus deberes. Y esta carga se lleva en los años, en que se estudia la sagrada Teología.

Camilo desempeñó con esmerada solícitud este puesto de confianza y responsabilidad. Con su exquisita amabilidad atraía á los díscolos, suavizaba á los de carácter arrebatado y violento y hacía aprovechar el tiempo á los perezosos. Algunos años después, he oído que conservaban de él recuerdos muy gratos los alumnos que habían estado bajo su vigilancia y cuidado.

Una notable distinción hizo el Señor Valdivieso con Camilo en recompensa de sus sacrificios; le recomendó para el Subdiaconado y Diaconado antes que fuesen llamados sus demás compañeros.

El señor Valdivieso era bastante severo en la preparación de los jóvenes que aspiraban al Sacerdocio.

El 25 de Mayo de 1872, recibía de manos del Ilmo. Señor Don Miguel Arístegui el Orden sacro del Subdiaconado en la iglesia metropolitana de esta ciudad. El 25 de Septiembre del mismo año recibía el Diaconado del mismo señor Obispo en la iglesia de la Victoria.

A medida que subía en la escala que debía llevarlo al Sinaí del Sacerdocio, se notaba en Camilo mayor consagración á la piedad y cumplimiento de sus deberes.

Como los Apóstoles en el cenáculo, se preparaba para recibir al Espíritu Santo y la unción divina que le constituyera Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedech.

Meditaba en la grandeza de la dignidad que iba á recibir, y daba expansión á sus pensamientos de conquista de las almas en su apostolado para el reino de Jesucristo.

Fué ungido Ministro del Altísimo por el Ilmo. Señor obispo titular de Himeria, Don Miguel Arístegui, en las Órdenes que confirió en la iglesia de las Capuchinas, el 21 de Diciembre de 1872.

Si notable fué su recogimiento para disponerse á recibir el Orden del Presbiterado, mayor, si cabe, fué su preparación para celebrar su primera Misa. El

1.º de Enero de 1873, día de la Circuncisión del Señor, fiesta solemnísima, en que la Iglesia conmemora la primera sangre vertida por la Víctima Divina en favor de los hombres, fué el escogido para su primera Misa. Nada se omitió para realzar aquella fiesta, de por sí llena de sublimidad y grandeza. Hubo grande esplendor en los adornos del templo, riqueza y delicado gusto en los paramentos sagrados, y majestuosa gravedad en el canto. La iglesia de San Juan de Dios, vestida con sus más ricas galas, fué la escogida para este acto.

El notable orador sagrado, Presbítero Don Salvador Donoso, fué el encargado del discurso, en el cual manifestó al nuevo Sacerdote los deberes del apostolado y la magnitud de los sacrificios que exige el santo Ministerio.

Le acompañó como padrino de altar, el Rdo. Padre Zoilo Villalón, que, cual padre amante, había dirigido con esmerada solicitud las inspiraciones de la gracia en el llamamiento divino: diaconaron en la Misa el prebendado Don Baldomero Grossi, que, por primera vez, desempeñaba el ministerio del Diaconado, y el Presbítero Don Nicanor Moyano, ambos sus íntimos amigos y condiscípulos.

Don Benjamín Ortúzar, su hermano predilecto, fué padrino de vinajeras.

IV

Es nombrado Profesor.— Su celo por el culto de
María

No tenía, Camilo, más voluntad que la de su Prelado, y, ordenado de Sacerdote, se puso á las órdenes del señor Valdivieso, quien le destinó á continuar en el Seminario de Valparaíso.

Este plantel de educación católica, obra del celo é infatigable trabajo del Ilmo. Señor Casanova, necesitaba jóvenes abnegados, de honorables antecedentes y de no dudosa competencia para la enseñanza. Era una empresa colosal establecer un Seminario con profesores Sacerdotes, en que se tratara de formar clérigos, en la mercantil Valparaíso.

Camilo fué nombrado profesor de diversas asignaturas el 26 de Abril de 1873, y es de notar, que en la misma fecha se le confiriera el puesto de Prefecto de Piedad.

Es necesario conocer la organización de los Seminarios, para apreciar la importancia de este destino, en el que se

exige virtud sólida, acrisolada piedad y generoso sacrificio.

A pesar de contar con deudos inmediatos en esa ciudad, Camilo no los visitaba, y en las pocas horas de descanso que tenía, se consagró á la propaganda de las buenas lecturas, y muy particularmente, á procurar objetos de gusto y elegancia para el culto.

Estableció una librería religiosa, la primera abierta en esa ciudad; á ella destinó sus economías propias, y lo que no alcanzó á realizar con sus recursos personales, lo obtuvo de caballeros católicos. Esta obra de adelanto moral dió en Valparaíso espléndidos resultados. Se facilitó á precios muy bajos, lectura amena y sana, libros de enseñanza cristiana y devocionarios completos á los fieles.

Concibió el señor Casanova la idea de colocar en la cima del Cerro de la Merced, en terrenos del Seminario, una estatua de la Santísima Virgen que sirviera de consuelo al navegante al arribar al puerto de Valparaíso y que estimulase á los alumnos á la devoción á María Madre de Dios. Camilo secundó activamente al señor Casanova; recolectó limosnas y puso de su parte grande empeño en la realización de la obra.

Maris Stella, Estrella del mar, es llamada por San Bernardo la Reina de los Cielos, y con este título se consagró la piadosísima imagen, que, desde entonces, venera con gran devoción el pueblo de Valparaíso.

Camilo fué nombrado Custodio y Colector de limosnas de esa estatua.

El 8 de Mayo de 1873, se le nombró Profesor de humanidades en el mismo Seminario, al cual profesaba especial afecto por los años de servicio que le había consagrado.

V

Un viaje á Europa y Tierra Santa

El que era modelo de Sacerdotes, el que había dedicado su inteligencia y sus desvelos á la formación de la juventud, no podía ser indiferente al amor más puro y santo que se siente en el corazón. Su madre residía desde hacía algunos años en París, y el hijo amante ansiaba verla, recibir sus abrazos y gozar de sus caricias. Solicitó del señor Valdivieso permiso para ir á Europa; el ilustre Prelado se resistía, por justos y poderosos motivos, á conceder estas licencias, pero en el caso de Camilo encontró justificada la

solicitud y le otorgó permiso por un año para ausentarse de la diócesis.

No era sólo el amor á la familia el que impulsaba á Camilo á emprender un viaje largo y penoso; quería conocer á Roma, postrarse á los pies del Pontífice, Vicario de Jesucristo. Tenía vivos deseos de visitar la Tierra Santa.

Establecióse en París al lado de su madre; allí cultivó relaciones de amistad con distinguidas personalidades de la Iglesia; se hizo estimar por su modestia y recogimiento; las iglesias, las obras del arte religioso y cuanto se relacionaba con su carácter sacerdotal, eran objeto de su atención.

Después de haber recorrido las principales ciudades de Europa, se dirigió á la Palestina, en compañía del señor presbítero Don Ignacio Víctor Eyzaguirre.

Recuerdo haberle oído referir las impresiones que experimentó en sus visitas á los santuarios y basílicas de Jerusalén, cuando celebraba la Santa Misa en los mismos sitios de la pasión de Nuestro Señor. Todo servía á su alma para una profunda contemplación.

Se hizo estimar de una manera particular por el Reverendo Padre Rastibone, á quien dejó limosnas para las escuelas

en que este Sacerdote enseñaba á los hijos de los judíos.

Tuvo el sentimiento de ver desaparecer á Monseñor Eyzaguirre, á quien prestó los últimos auxilios religiosos. Habiendo fallecido á bordo, este notable Sacerdote chileno, de una fiebre maligna, en cumplimiento de las ordenanzas marítimas, su cadáver fué sepultado en el mar. Camilo, después de haber hecho cuanto era posible para evitarlo, después de haber rogado, suplicado y ofrecido cuanto tenía, ante la inflexible necesidad, depositó sus ofrendas de oraciones, antes de ver cubiertos por las olas los restos del eminente Sacerdote chileno.

De regreso de Jerusalén se trasladó á Lourdes; fué un peregrino que se interesó por conocer todo lo que se relacionaba con las apariciones de la Santísima Virgen. Tenía vivos deseos de conocer á Bernadeta, entonces religiosa, y lo consiguió después de vencer grandes dificultades.

Conservaba una carta original de Bernadeta dirigida á uno de sus deudos, quien la regaló á Camilo como prueba de estimación á su piedad.

Maravillado de los grandes milagros que día á día se verifican en Lourdes,

se propuso propagar su devoción en Chile. Escribió un *Mes de Lourdes*, compuso una Novena y mandó estampar miles de imágenes; que repartió profusamente, con oraciones especiales en que se pide á la Santísima Virgen por la suerte de Chile.

¡Camilo pensaba siempre en su amada patria!

En París consagró su tiempo á la impresión de varias obras de piedad que él mismo compuso; su *Manual Completo del Cristiano*, devocionario estimadísimo de los fieles, que presta tantos servicios á las personas piadosas, fué una de ellas. Un *Manual de Primera Comunión*, una colección de novenas y otros varios opúsculos importantes, fueron su constante preocupación en su viaje.

Se esmeró en propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; y en muchos hogares se encuentran las piadosas imágenes que repartía gratuitamente á las personas piadosas.

Los diversos trabajos que tenía entre manos exigían su presencia en París. El plazo de la licencia se acercaba y volvió á escribir al Ilustrísimo señor Valdivieso se la prolongara por seis meses. El ilustre Prelado contestó accediendo, pero en

términos tales que Camilo estimó esa respuesta como una reprensión paternal. Sin dilación regresó á la patria; y dió amplias explicaciones al señor Valdivieso, quien pudo ver que aquel Sacerdote no se había disipado y que por el contrario había aprovechado su tiempo en Europa, con ventajas para la Iglesia Chilena.

Conservaba Camilo como una reliquia entre sus papeles (*la raspita*, como él decía), la carta que el señor Valdivieso le había escrito de su propia letra.

Guardaba por su Prelado profunda veneración y á sus insinuaciones daba la importancia de un mandato. Dejó á su señora madre en París y regresó á Chile á ponerse de nuevo á las órdenes del señor Valdivieso, quien le colocó como Vicerrector del Seminario de Valparaíso, por decreto de 10 de Marzo de 1877.

A su regreso estuvo en los Estados Unidos y visitó las cataratas del Niágara.

VI

Su celo en el Seminario. — Funda la «Semana Religiosa»

Dotado de los mayores conocimientos que dan la experiencia y el estudio en

sus viajes, Camilo entró á desempeñar su nuevo destino con aquel celo que le distinguía en el cumplimiento de sus deberes.

Pasaba el Seminario por una época bastante difícil: la crisis económica hacía que disminuyeran notablemente los alumnos; el colegio carecía de recursos, y debido sólo á la generosidad del Presbítero Don Claudio Sánchez, Rector del colegio, y á los esfuerzos de Camilo, se pudo sostener aquel plantel de educación. Camilo golpeaba de puerta en puerta á las casas de los católicos ricos y procuraba fondos para costear becas á tres jóvenes pobres.

El señor Sánchez construyó la actual capilla del Seminario, y Camilo regaló un precioso cuadro de la Inmaculada Concepción, que se venera en el altar mayor y un rico crucifijo de marfil, traídos por él mismo de Europa, objetos de gran mérito artístico y de costoso precio.

Era Camilo desprendido y generoso, y cuando sentía su corazón apegado á los objetos que él más estimaba, se desprendía de ellos con rara facilidad.

Ya que el Seminario no le exigía mucho tiempo de trabajo por las circunstancias

excepcionales en que se encontraba, Camilo se dedicó á la propaganda, por medio de la prensa. En compañía del que escribe, fundó la *Semana Religiosa*, periódico semanal, destinado á la instrucción del pueblo. Era ésta la primera publicación católica que se hacía en Valparaíso. Sin más recursos que los de la caridad, sin auxiliares que colaborasen con sus escritos y con un escaso número de suscriptores, principió su vida esta Revista, que, venciendo poderosas resistencias y graves dificultades, alcanzó gran circulación en todo la república.

La *Semana Religiosa* se sostuvo cerca de dos años, hasta la guerra del Perú y Bolivia, y puede asegurarse que ella fué la semilla que más tarde había de alentarnos á fundar el actual diario *La Unión* de Valparaíso.

VII

Guerra entre el Perú y Bolivia. — El Capellán de Armada. — Su actividad para ganarse los ánimos de los soldados. — El combate. — La victoria.

Había estallado la guerra entre el Perú y Bolivia. El 21 de Mayo de 1879 tenía lugar en Iquique uno de los hechos más gloriosos que registra la historia de

los combates navales en el mundo. Prat y compañeros, montados en la *Esmeralda*, buque de madera con pequeños cañones, sin máquina y sin timón, después de luchar heroicamente con el poderoso blindado *Huáscar*, lo abordan y ofrecen sus vidas en aras del santo amor á la patria. Esas víctimas fueron el precioso holocausto que agradó á Dios y nos aseguró los triunfos y victorias posteriores.

No hubo en aquel gran día ningún Sacerdote á bordo, lo que contristó profundamente á los que deseaban compartir los sacrificios de la campaña. Camilo, á pesar de sufrir penosamente con el mareo, se presentó al Ilustrísimo señor Obispo, Vicario Capitular del Arzobispado, en demanda de un puesto en las naves de la escuadra. Aceptado este ofrecimiento por la Autoridad eclesiástica, el supremo Gobierno le extendió su título el 2 de Junio de 1879. No quería rentas ni glorias; solamente buscaba almas para el Cielo.

Pocos días después, Camilo daba el adiós á la familia y á los amigos, resuelto á las contingencias de la guerra marítima.

Se embarcó en el *Cochrane*, bajo las

órdenes del comandante capitán de navío Don Enrique Simpson.

No tardó en conquistarse las voluntades de los tripulantes; dulce, amable y complaciente, se captaba el cariño y la estimación de los jefes, oficiales y marineros, sin distinción de creencias religiosas. Con su hablar insinuante, fué, poco á poco, abriendo surcos y arrojando la semilla de la buena doctrina en aquellas almas. La primera ceremonia religiosa que tuvo lugar en el *Cochrane*, fué la imposición del escapulario de la Virgen del Carmen, Patrona jurada de las armas chilenas. Dirigió Camilo una corta alocución, que fué oída con respeto y recogimiento. Celebraba el Santo Sacrificio en su camarote los días de trabajo, y sobre cubierta los festivos, é invitaba cariñosamente á sus nuevos amigos á cumplir con este precepto de la Iglesia.

Viendo la buena acogida que se le había hecho y los grandes bienes que un Capellán podía hacer en las naves de guerra, escribió al señor Obispo para que enviase otros Sacerdotes. La estación de Capellanes en los buques se debe á su celo y patriotismo. El que esto escribe, ocupó el puesto de Capellán de la *O'Higgins*, mediante las diligencias de Camilo,

quien consiguió facilidades en los buques y obtuvo el beneplácito del Prelado y los respectivos nombramientos del Gobierno.

Hubo necesidad de hacer reparaciones importantes en el *Cochrane* y con este motivo se dirigió á Valparaíso. Camilo ocupó este tiempo en proporcionarse medallas, escapularios y libros para los buques. Mediante la generosidad del Ilustrísimo señor Vicario Capitular, Doctor Don Joaquín Larrain Gandarillas, formó pequeñas bibliotecas á bordo; se repartieron á los marineros ejemplares del *Manual de Piedad* y los oficiales tuvieron á su disposición las obras de Balmes, Donoso Cortés y otros autores católicos de nota.

El 27 de Septiembre salió con rumbo al norte una escuadrilla de operaciones al mando del distinguido comandante Don Galvarino Riveros; formaba parte del convoy el *Cochrane*, con sus fondos limpios y reparada su máquina, al mando del valiente comandante Don Juan José Latorrè. Había el propósito de buscar los buques peruanos, donde quiera que estuviesen; el *Huáscar* y la *Unión* mero-deaban en las costas indefensas, esquivando un combate franco y decisivo. El

8 de Octubre al amanecer, divisaron los buques chilenos humos sospechosos, que luego aparecieron ser de las naves peruanas.

Indescriptible regocijo se despertó en nuestros marinos; llegaba el momento de combatir al enemigo. El comandante sobre el puente de proa, arenga en términos entusiastas y patriotas á la tripulación; el capellán Ortúzar, con voz vibrante y sonora los anima al arrepentimiento de los pecados, da la absolución y concluye con estas memorables palabras: «A Dios rogando y con el mazo dando.»

Rompen los fuegos los cañones de la torre del monitor enemigo, el *Cochrane* se acerca acertando las distancias y contestan las baterías con sus roncós y estrepitosos sonidos; el *Huáscar* es destrozado. Grau muere con un centenar de los suyos y luego se iza bandera blanca.

El capellán, en su puesto, anima á los artilleros y con febril entusiasmo celebra la rendición del enemigo.

Una sola bala ha entrado en el *Cochrane* y hiere gravemente á un muchacho, que exhala su último aliento en los brazos del Capellán.

Pocos instantes después, un bote, tripulado por oficiales y marineros de nuestros buques, llega al costado del monitor; los Presbíteros Ortúzar y Christie son los primeros que pisan la cubierta del *Huáscar*, penetran rápidamente entre los escombros y el hacinamiento de cadáveres, y buscan los heridos para derramar sobre ellos el bálsamo saludable de la reconciliación con Dios. Sí, el Sacerdote chileno sumergido en charcos de sangre, con su sotana manchada, entre los restos inanimados de las víctimas, busca á quien absolver, consuela á los vencidos, inspira resignación á los prisioneros y llena su misión de paz y de santificación entre los enemigos.

Al día siguiente, Camilo ofrecía el Santo Sacrificio de la Misa por las almas de los enemigos fallecidos en el combate y acompañaba después al Capellán mayor en las ceremonias del entierro de las víctimas del *Huáscar*.

El comandante, oficiales y marineros del *Cochrane* relataban con vivo entusiasmo los actos de valor de su Capellán y por esto en las manifestaciones de gratitud y gloria que recibieron los vencedores de Angamos se distinguía de un modo especial á Camilo, quien, con su

ejemplar modestia, trataba de ocultar su persona en las fiestas con que se honraba á los héroes.

No se limitó la acción de Camilo á cumplir sus deberes en el *Cochrane*; siempre que podía, auxiliaba á los Capellanes del ejército, y le ví varias veces oyendo las confesiones de los soldados y desempeñando con gran celo apostólico el ministerio de la predicación.

Después de la rendición y captura del *Huáscar*, tuvo lugar la toma de Pisagua; Camilo recorría los hospitales, auxiliando á los heridos y sirviendo en muchos casos de ayudante á los cirujanos.

El *Amazonas* condujo al sur parte de los heridos en aquel combate; Camilo se embarcó con ellos y durante la navegación de Pisagua á Valparaíso, se ocupó en enseñar á los enfermos la doctrina cristiana y en confesar á los moribundos.

De regreso al Norte en el *Amazonas*, durante el viaje, impuso el escapulario á 9.000 soldados, confesó á muchos de ellos y estuvo al lado de los que se mantenían sobre cubierta postrados por el mareo, pues navegaban por vez primera y pagaban tributo á los vaivenes del mar.

En Pisagua, encontró numerosos heridos, muchos de ellos, del ejército ene-

migo. Recuerdo haberle acompañado bajo las tiendas de campaña confortando á los débiles y repartiendo los consuelos espirituales á los necesitados. Sin más espíritu que el de la salvación de las almas, visitó á los enfermos de viruela, casi abandonados en un lugar apartado para evitar el contagio con el resto de los soldados.

Embarcado en el *Cochrane*, tuvo que soportar la monotonía de los bloqueos, las constantes vigilias de esa vida de inquietudes y sobresaltos, como la alimentación con víveres secos.

Se olvidaba Camilo de sí mismo para pensar únicamente en la gloria de Dios y salvación de las almas. Durante los bloqueos de Arica y Mollendo, se ocupó en las Misiones á bordo y en la enseñanza del Catecismo de la doctrina cristiana.

No olvidaré jamás las noches que dedicamos juntos á oír numerosas confesiones de los tripulantes del *Cochrane* y de la *O'Higgins*. ¡Cuánto gozaba Camilo al ver á los marineros, vestidos con traje de gala, acercarse á recibir la santa Comunión! ¡Qué lágrimas tan dulces derramó sobre esas naves bañadas siempre por las aguas amargas del mar!

Fué objeto de especiales distinciones

por el comandante Latorre. Una bala del *Huáscar* penetró por la proa del *Cochrane* sin estallar, el comandante la regaló al Capellán, quién la destinó al Ilustrísimo Señor Vicario Capítular, Doctor Don Joaquín Larrain Gandarillas.

Concibió la idea de levantar un monumento conmemorativo de las glorias de la Marina con el diez por ciento del valor del *Huáscar*, declarado buena presa por las leyes chilenas, y encontró entusiasta acogida en jefes, oficiales y marineros. El largo tiempo que demoró el Gobierno en pagar esta deuda, fué la causa de que se olvidara aquel compromiso.

VIII

Muere su hermano.—Es nombrado Cura y Vicario Apostólico. — Su celo por la salud de la nueva grey.—Se propone levantar una iglesia.—Firmeza apostólica.—Renuncia del cargo.

Con la toma del *Huáscar* había concluído el poder naval de los aliados; los peligros de la guerra habían desaparecido en el mar, Camilo estaba mal de salud y sabía que uno de sus hermanos se encontraba enfermo de gravedad. Estas circunstancias le hicieron volver á Chile.

Dos días después de su arribo á Santiago, falleció su hermano don Benjamín, que siempre había profesado especialísimo cariño á Camilo. Este golpe le causó intensa pena.

No podía permanecer en la inacción el laborioso Sacerdote; poco tiempo después, ocupaba el puesto de director de *El Estandarte Católico*, y era segundo Capellán de la Casa de Ejercicios de San Juan Bautista.

Las fuerzas chilenas ocupaban hacía largo tiempo la provincia de Tarapacá; se encontraba organizado allí el servicio administrativo y judicial; la numerosa población de Iquique reclamaba un funcionario eclesiástico, que atendiera á las necesidades espirituales de aquel litoral. Había que elegir un Sacerdote prudente é ilustrado, de gran virtud y discreción, para trabajar en una sociedad muy indiferente y en un pueblo por demás irreligioso.

El Excmo. Señor Mario Mocenni, Delegado apostólico y Obispo de Heliópolis, nombró á Camilo, Cura y Vicario con facultades papales extraordinarias de todo el litoral peruano ocupado por las tropas chilenas, por decreto del 6 de Abril de 1882. Se necesitaba todo el carácter

de un hombre apostólico para aceptar aquel puesto en esa época.

Le oí referir que en la tarde del día de su llegada á Iquique el pueblo protestó del sonido de las campanas con que se convidaba á los fieles á rezar el santo Rosario.

La asistencia á la Misa era tan escasa, que no excedería de veinte personas en los días festivos, entre las cuales no se veía hombre alguno; en los días de trabajo, la soledad era completa en la casa del Señor.

Se reconocía sólo el matrimonio civil. A ninguno se le ocurría cumplir con el precepto pascual; y ni aun los enfermos graves reclamaban los auxilios del alma. La iglesia se encontraba en el abandono y desaseo más completo; hacía más de dos años que no se abría para la celebración de los santos Misterios.

El Vicario chileno buscó cooperadores celosos y activos para emprender la grande obra de cultivar aquel campo. Consiguió del supremo Gobierno nombramientos de Curas para las diversas parroquias de la provincia, obtuvo subvenciones para los Sacerdotes que desempeñaban esas funciones, llevó Misioneros que recorriesen las diversas oficinas sa-

litreras; estableció los catecismos y se dedicó de lleno al desempeño del Ministerio apostólico.

La iglesia y casas parroquiales le merecieron una especial atención. La primera fué reparada en sus altares y muros, dotada de ricos paramentos y valiosos adornos, de manera que brillaba el culto por su esplendor y magnificencia; en las casas, realizó mejoras de grande importancia, organizó una magnífica oficina parroquial, arregló el archivo y dispuso convenientemente todo lo que concernía al despacho diario de los feligreses, en informaciones, demandas matrimoniales, asiento de partidas, etc. Le fué concedida la facultad de administrar el Sacramento de la Confirmación; con este motivo recorrió la parte de la provincia en que tenía jurisdicción, predicando con gran celo y piedad procurando á las almas los medios espirituales de que tanto necesitaban.

Cuando principiaba á cosechar los frutos de su trabajo, después de haber hecho inmensos sacrificios de dinero, una gran desgracia vino á probar una vez más el temple de ese corazón; un incendio consumió la iglesia, casas, escuelas, biblioteca. Quedó Camilo sin medio alguno,

ni aun para celebrar la Misa; tenía sólo una voluntad inquebrantable. En una bodega de la aduana, que le facilitó el jefe político, estableció una capilla provisional y, como pudo, organizó el servicio espiritual.

Auxiliado por la caridad pública, con la cooperación del Gobierno y sin omitir sacrificio personal, llevó á cabo la construcción de la preciosa iglesia que actualmente tiene la ciudad; edificó casas, oficinas y escuelas, y dejó en Iquique monumentos de eterna memoria.

Como la miés era abundante, se empeñaba en procurar trabajadores en la viña del Señor; escribió á Europa para conseguir el establecimiento de comunidades religiosas; hizo venir á las Hermanas de Santa Ana, para el servicio del hospital, y todo su anhelo era llevar congregaciones que establecieran colegios para la juventud.

Tanto celo y tantos sacrificios no fueron indiferentes para los gobernantes. Se mantuvo en perfecta armonía con las autoridades, y más de una vez, el señor Santa María creyó halagarle con las promesas de la dignidad episcopal, las que le causaron profundo desagrado y fueron suficientes para que pensase en renun-

ciar el puesto. No tenía otra aspiración que la vida religiosa, oculto en los claustros. Ese pensamiento, hacía largo tiempo que le preocupaba.

Las reformas teológicas con que el gobierno de Santa María introdujo la inmoralidad y el desorden en la sociedad, se discutían en el Congreso. La voz de la Iglesia se dejó oír grave y severa para condenar la promiscuidad de las tumbas y el concubinato legal, ó sea, el corruptor matrimonio civil. En la prensa y en el púlpito se combatió enérgicamente contra la impiedad, que obedeciendo á la consigna de las sociedades secretas, despedazaba los fueros y leyes santas de la Iglesia. Camilo se puso de pie y el que había desafiado las balas y peligros de la guerra, abrió ruda campaña contra las leyes inicuas que se trataba de dictar.

Publicó un pequeño tratado sobre el Sacramento del Matrimonio y puso de manifiesto lo que significaba el llamado matrimonio civil. El manso, el humilde Sacerdote, el Apóstol infatigable y prudente, condenó impertérrito desde el púlpito las nuevas leyes. El gobernador de aquella provincia, telegrafió alarmado á Santa María, y éste á su vez dió órdenes de hostilizar sin tregua al Vicario

Apostólico. Camilo no sabía doblegarse ante la soberbia de la impiedad, ni cedía jamás cuando estaban de por medio los fueros de la Iglesia. Apercebido para la lucha con la oración, sostuvo grandes batallas con los enemigos de la verdad. Un mandatario inicuo, sin conciencia ni pudor, fué encargado de esgrimir toda clase de armas contra el immaculado Sacerdote; la calumnia, la mentira, las infidencias se repetían por la prensa, se profanó el santuario, y un nuevo Judas, miserable instrumento del jefe político, llegó hasta espiar los actos más santos del Ministerio. Estaba muy alta la conducta de Camilo para que alcanzaran á enlodar la reputación y á empañar el brillo de su buen nombre, la maledicencia y el odio fanático y sectario.

Con aquella nobleza de alma que le distinguía, con espíritu sereno y levantado, puso su suerte en manos de Dios y encontró justicia entre sus mismos enemigos; alguno de ellos se encargó de defenderlo, y en artículos de sobresaliente mérito justificó al inocente mártir de la defensa de la fe y de las enseñanzas de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo.

Transcurrido algún tiempo, hizo su renuncia ante la Santa Sede; hubo de in-

sistir en ella para que le fuera admitida, lo que consiguió, mediante poderosos empeños con el Gobierno.

IX

El catecismo en ejemplos

En el tiempo que permaneció en Iquique, publicó un *Catecismo en Ejemplos*, obra de gran trabajo, de mucho estudio y de inagotable paciencia. Destinado á la instrucción de los pobres, contiene sustancialmente la doctrina católica explicada con ejemplos tomados de la Santa Escritura, de la vida de los Santos, de los Padres de la Iglesia y los demás notables autores contemporáneos. Gran provecho se ha sacado de esta publicación: los aldeanos sencillos, la gente ilustrada, los Sacerdotes y los padres de familia, encuentran en ella una enseñanza sólida, á la vez que una lectura amena y recreativa.

La edición que se hizo en Iquique se agotó en poco tiempo; después se hizo otra de lujo en París, la que también es escasa y difícil de obtener.

X

Se propone ingresar en la Compañía de Jesús

De regreso de Iquique, después de cinco años de constante labor, en los que supo sobreponerse á toda clase de contrariedades, encontró la más entusiasta acogida en su íntimo amigo, el Ilustrísimo Señor Casanova. Había vacantes puestos de gran importancia en Valparaíso y en Santiago, que fueron ofrecidos á elección de Camilo; los rehusó, porque ya había resuelto ingresar en la Compañía de Jesús. Se dirigiría á Europa, allí recibiría la bendición de su amada madre, y buscaría á Dios en la soledad de los claustros, en el silencio de la meditación, lo único á que aspiraba su alma.

Tuve la felicidad de tenerlo diariamente en la *Estampa* hasta la víspera de su partida; me animaba al trabajo, me estimulaba á grandes obras, para buscar el fruto de la santificación.

Al ver la pobreza de esta parroquia, tuvo la generosidad de obsequiarla con un gran número de ejemplares del *Manual del Cristiano* y del *Catecismo en Ejemplos*, para que se repartieran entre los fieles, y el producto de los que se

vendieran, se destinara á las reparaciones de las casas parroquiales.

La última tarde que estuvo en Santiago le tuve á mi mesa, y al darme el último abrazo me dijo: «Ruega á Dios por mí; no te olvidaré en el Santo Sacrificio. Cuando me escribas, háblame de tu alma y de la mía. No quiero saber de nada, ni de nadie. Si alguna vez supiera que Chile estuviese amenazado por un enemigo extanjero, sentiría verme lejos de la patria. Adiós. — ¡Adiós!»

Sentí verdadera pena, mezclada de admiración y de respeto. El amigo más sincero, cuyas relaciones jamás se interrumpieron, se alejaba, quizás para siempre, pero era para dar ejemplo de perfección en la vida religiosa, para conquistar el Reino prometido á los Ministros fieles de Jesucristo.

XI

Últimos recuerdos de mi amigo

Desde nuestra separación, recibí varias cartas de Camilo, que siento no conservar originales. Recuerdo de la primera, escrita en el Callao, que me decía cuán diversas impresiones experimentaba en este viaje en tiempo de paz, de las que

compartíamos juntos en los bloqueos en tiempo de guerra. Me refirió más tarde su entrada en los Salesianos, el respeto y confianza que le había inspirado la santidad de Don Bosco y su resolución de morir en esa Congregación. Más de una vez, creí tener el gusto de verle en Chile, pues él tenía esperanzas de que le destinaran á las casas que aquí han fundado esos venerables religiosos.

Recibí otra carta, en que anunciaba encontrarse á cargo de la enseñanza del Derecho canónico y del castellano en la comunidad. Una de sus últimas comunicaciones tenía por objeto pedirme datos de la guerra civil del 91.

El amor patrio absorbía entonces su pensamiento; y con el interés de un hijo amantísimo por la suerte de su madre, me recordaba los servicios de los Capellanes en la guerra del Pacífico.

XII

Conclusión de estas memorias

Al trazar estas líneas habría deseado satisfacer mi corazón, habría querido tener la habilidad del mejor artista que dibujara en todos sus perfiles la fisonomía del vir-

tuoso y ejemplar Sacerdote, cuya amistad tengo á grande honor haber cultivado, sin yo merecerlo. Habría deseado saber cantar, para hacer un himno en honor de las virtudes del apóstol, cuyos ejemplos debía haber imitado...

Suelto mi pluma, y al depositar esta ofrenda de mi cariño, llegue al Cielo mi humilde plegaria. *Requiescat in pace.*

CARLOS CRUZAT HURTADO.

CAPÍTULO IV

Otros dos documentos

Para terminar esta parte de la vida de nuestro querido Salesiano, publicamos á continuación una carta del Contralmirante chileno, D. Juan José Latorre, actual Senador de la República, y parte de otra, escrita por un testigo presencial del combate de Angamos, que fué publicada en el diario *Nuevo Ferrocarril*, de Santiago de Chile, en su edición del 10 de Octubre de 1879, documentos que no dudamos serán leídos con interés, especialmente la parte que concierne á nuestro malogrado amigo.

Combate de Mejillones á bordo del "Cochrane",

«Mejillones, 14 de Octubre de 1879.

»A las 9 a. m., estando el *Huáscar* á 3.200 metros y viendo la imposibilidad de rehuir el combate, hizo sus dos primeros disparos, los que no tuvieron contestación. Nuestro objeto era no perder pólvora en gallinazos y sólo tratabamos de acortar la distancia para hacer más efectivas nuestras punterías.

»Las balas pasaron silbando sobre nuestras cabezas. Mientras tanto el capitán Gahona, jefe de batería, por encargo de nuestro comandante, arengaba á la gente, en los siguientes términos poco más ó menos:

»Muchachos, la patria tiene cifradas sus esperanzas en vosotros; el desenlace de este combate es de grandes consecuencias para Chile.

»La calma y seriedad son cualidades que no me cansaré de recomendar á todos; y á los cabos de cañón, que sus punterías sean certeras. Un tiro malo es peor que no disparar, porque alienta al enemigo, y una bala bien puesta, puede decidir el

combate. Que cada cual cumpla con su deber.» Un estrepitoso viva á Chile acogió estas lacónicas y expresivas palabras. En seguida nuestro capellán Señor Ortúzar, precediendo á dar la absolución general á la tripulación, les dijo: «Os anuncio un espléndida victoria. El enemigo está al frente y todo chileno obedece á la divisa de vencer ó morir con gloria. No necesito recomendaros el valor. Sé que no medís los peligros cuando entráis á batiros por la causa santa de la patria. Sin duda más de uno puede morir y para que esta muerte sea gloriosa, tan gloriosa, que os lleve á los Cielos, debéis, como cristianos, recurrir á la patrona de nuestro ejército, la Virgen del Carmen, y reconciliaros con Dios. En verdad, que no tenéis tiempo para confesar vuestras culpas; pero basta en estas circunstancias, que hagáis el propósito de confesaros pronto, y, acusándoos pecadores arrepentidos, os arrodilléis, para recibir la santa absolución.»

»Terminado este acto, la distancia que nos separaba del monitor había disminuído. Distábamos 200 metros. El comandante ordenó romper los fuegos al mismo tiempo que presentábamos la proa al enemigo, que nos contestaba, batién-

dose en retirada, su única esperanza de salvación.»

« *Santiago, 17 de Febrero de 1897.*

» Monseñor:

» En contestación á la muy atenta de V. S. Ilma. de 13 del corriente, me es grato poder manifestarle que efectivamente en la época mencionada, durante la guerra con el Perú y Bolivia, fué nombrado capellán del blindado *Almirante Cochrane*, de que era yo entonces Comandante, el presbítero don Camilo Ortúzar, embarcándose en Valparaíso.

» No puedo pensar en los acontecimientos de aquellos días memorables sin recordar al joven Sacerdote, que con su trato afable y modesto y una conducta verdaderamente ejemplar, supo granjearse la buena voluntad y el respeto de cuantos le conocían, y cuya inalterable bondad y consagración al cumplimiento de sus deberes, su serenidad en el momento de mayor peligro y su inagotable caridad para con los enfermos y heridos, causaron la admiración de todos.

» Por lo que á mí respecta, debo decir con toda sinceridad, que una vez que le

conocí á fondo, tuve por él verdadera amistad y que conservo por su memoria afectuoso respeto, habiendo lamentado su pérdida como la de uno de mis compatriotas más distinguidos, como la de un amigo leal y sincero, y como la de un miembro útil de la sociedad, con todas las virtudes de un verdadero Sacerdote.

» Aun cuando mis múltiples deberes en aquellos momentos me hubiesen impedido ocuparme en ciertos detalles creo recordar, que habiendo tenido noticia del Señor Ortúzar de que abordo del *Huáscar* no había capellán, una vez rendido el monitor y sin detenerle la idea del peligro, fué uno de los primeros en abordarlo en busca de heridos y enfermos á quienes asistía y consolaba, después de haber llenado este deber en nuestro buque.

» Terminada la campaña por mar, nuestro distinguido capellán pidió su retiro del *Cochrane*, para cumplir otras obligaciones que le llamaban á tierra y puedo asegurar aquí que no quedó á bordo uno solo, de oficial á marinero, que no lamentase su partida.

» Años más tarde, habiendo el Señor Ortúzar estado de paso por París, donde yo residía á la sazón, y recordando sin

duda nuestra buena amistad de otros tiempos, estuvo á visitarme, y todavía lamento el haberme encontrado en esos momentos accidentalmente ausente de mi casa, lo que me impidiera estrechar una vez más aquella mano tan leal y generosa.

» Esperando haber satisfecho los deseos del Señor Obispo, tiene el honor de suscribirse de V. S. Ilma. muy atento y S. S.

» J. Y. LATORRE.

» *Ilustrísimo Sr. Obispo titular de Colonia.*

» Ciudad.»

CAPÍTULO V

Despedida de la patria.—En el mar

Después de la renuncia irrevocable del Vicariato de Tarapacá y á pesar de su resolución de ingresar en la Compañía de Jesús, el Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo de Santiago, Dr. Don Mariano Casanova, deseoso de que el señor Ortúzar permaneciese en Chile y no se privase su Iglesia de los servicios de tan meritorio Sacerdote, le ofreció el Rectorado del Seminario, puesto de honor y

de confianza, ó cualquier otro empleo á su elección, si aquél por cualquier circunstancia no le hubiera convenido. Por otro lado, sus hermanos y parientes le hacían toda clase de reflexiones, para combatir sus proyectos de alejarse para siempre del país. Pero Don Camilo, que aparte de su inclinación á la vida monástica, quería huir de honores y dignidades, se hizo sordo á todas estas instancias que destrozaban un corazón tan sensible y afectuoso, como el suyo, y continuó en silencio sus preparativos de viaje. Llegado el momento y oprimido por la pena de dejar tantos seres queridos, se despidió solamente de aquellas personas de quienes era imprescindible hacerlo y tomó el tren para Valparaíso, en cuyo puerto debía embarcarse para Europa.

Una vez á bordo, en vez de bajar á acomodar su equipaje en el camarote antes de que el vapor empezase á moverse, como hacían todos, especialmente los que, como él, sufrían tanto con el mareo, permaneció sobre cubierta para contemplar por última vez y despedirse de la querida tierra, en donde había visto la primera luz. Allí, solo y silencioso, quedó por largo rato admirando las altas montañas que rodean el pintoresco puerto

de Valparaíso, iluminadas en aquel momento por los suaves rayos del sol poniente. Nunca le habían parecido tan bellas y poéticas como entonces que, con las lágrimas en los ojos, les daba el último adiós. «¿Volveré á verlas? se preguntaba. ¿Qué me tendrá reservado Dios en sus misteriosos é impenetrables designios?» Al pensar esto se agolpaban en su memoria los recuerdos de su niñez pasada bajo los cuidados maternos, en su adolescencia y juventud al lado de sus hermanos, parientes y amigos, á quienes tanto sentía abandonar, y asimismo recordaba personas y cosas que antes había mirado con indiferencia. En aquel momento ¡todo lo amaba en su patria, todo le interesaba! Repasaba en su imaginación como en un caleidoscopio, las penas y los goces de otros tiempos y las variadas peripecias de su vida; ¡y sus lágrimas corrían en abundancia, deslizándose silenciosas por sus mejillas! «¡Ah! se decía: ¿para qué traer á la memoria estas cosas, sino para atormentarme y tal vez para hacerme desistir de una resolución, fruto de tantas y tan largas reflexiones? ¿No estoy persuadido de que es allá donde el Señor me llama? ¿Por qué, pues, entristecerme al aban-

donar mi patria terrenal, cuando voy en busca del camino que debe conducir-me con toda seguridad á la celestial, objeto de todos mis anhelos? Es cierto que dejo aquí á mis hermanos y amigos de infancia, pero, ¿no volveré á reunirme con ellos por medio de la oración y el pensamiento rogando siempre á Dios por su felicidad presente y futura?» Estas reflexiones ensancharon un poco su corazón y serenaron su espíritu, dándole resignación y nuevas fuerzas, y siendo ya muy entrada la noche, pensó que debía bajar á poner en orden sus cosas y descansar de sus fatigas y emociones.

No queriendo llamar la atención de nadie, viajaba nuestro Sacerdote modestamente vestido en traje seglar, pero había en él tal sello de gravedad y aun pudiéramos decir, de santidad, que al verlo, todo el mundo comprendía que tenía delante un Sacerdote, que á pesar de su sencillez de maneras y de su aspecto juvenil, todos, sin distinción de credos ni de sectas, trataban con respeto y deferencia; lo que no impedía que se acercasen á hablarle, especialmente los niños, que con el instinto propio de su edad, veían en él á un amigo. En efecto, él se gozaba con la compañía de los niños, y

procurándoles todo género de distracciones aprovechaba las ocasiones de darles alguna lección de Moral y Religión en forma de cuentos ó anécdotas, que al mismo tiempo que los distraía, les procuraba útil alimento para sus almas.

Poco después de dejar el vapor el último puerto chileno de escala, uno de los pasajeros, que según parece se había embarcado enfermo y se dirigía á Europa con objeto de recobrar la salud, sintió agravarse su mal y creyéndose en peligro de muerte, pidió á uno de sus compañeros que se informase inmediatamente si el Clérigo que iba á bordo era católico, y que, en ese caso, le suplicase que fuese á verle. No bien Don Camilo tuvo conocimiento de lo que pasaba fué al camarote del enfermo y se dedicó á acompañarle y á confortar su espíritu con los auxilios de la religión. El enfermo, aunque no era católico prácticamente, conservaba los sentimientos que una madre piadosa había cuidado de inculcarle en su niñez, y después de un rato de conversación, se confesó cristianamente y se preparó á bien morir, pues el caso era sumamente grave. Tranquilo ya el enfermo, después de haber descargado su conciencia y animado por las exhorta-

ciones y pláticas de su confesor, manifestó su reconocimiento á la Divina Providencia, por haberle concedido la dicha de morir después de recibir los auxilios de la Religión, atribuyendo este favor á su devoción á la Santísima Virgen, que había conservado, aun en las peores épocas de su vida, cuando por las distracciones del mundo y las malas compañías más lejos había estado de su Dios. Su madre al tiempo de morir le había pedido, que en recuerdo de ella, conservara devoción por la Virgen María, aunque de ella no hiciese otra manifestación, que la de rezar un *Avemaría* antes de acostarse, lo que nunca había dejado de practicar. Don Camilo acompañó al enfermo sin separarse casi de su lado, así fué que cuando llegó el solemne momento de la muerte, pudo recitar las plegarias de los agonizantes y ayudarle á bien morir, recogiendo su último aliento y cerrándole piadosamente los ojos, como hubiera podido hacerlo un padre ó un hermano. El resto del día lo pasó rezando al lado del cuerpo, hasta que en altas horas de la noche, retirados á sus camarotes los pasajeros y hechos los últimos preparativos para la fúnebre ceremonia de dar sepultura al cadáver en el

mar, fué llevado sobre cubierta. Rodeado allí de la oficialidad de abordó y de unos cuantos amigos del muerto, tuvo lugar el triste acto, después de recitar Don Camilo el oficio de difuntos y rociar el cuerpo con agua bendita. Todos los circunstantes, empezando por el mismo Don Camilo, se sintieron profundamente emocionados durante esta ceremonia tan solemne é imponente en su misma sencillez.

· · · · ·
El viaje continuó sin otra novedad digna de especial mención. Pero los días se hacían largos y monótonos y Don Camilo, á quién al principio rodeaban sólo los niños atraídos por sus cuentos y anécdotas, vió su auditorio poco á poco aumentado con personas de todas edades, que, llevadas primeramente por la curiosidad y falta de entretenimiento, acabaron por interesarse en los juegos y tomarles gusto á las pláticas tan amenas é instructivas de nuestro Sacerdote; y recordando éste que durante las horas de recreo en el Seminario, se había ejercitado en la prestidigitación para entretener á sus compañeros, dió algunas sesiones en el salón, que sirvieron para hacer menos tediosa la larga navegación

y popularizar aún más al simpático Sacerdote, que con sus maneras finas, suaves é insinuantes, había logrado captarse todas las voluntades.

La mayor parte de los pasajeros, y hasta el capitán y oficiales del buque confesaban que hasta entonces habían creído que la vida religiosa hacía á la gente adusta y enemiga del trato social y se admiraban de encontrar un Sacerdote tan jovial, franco y de trato tan fino y ameno, á quién trataban con la confianza de un antiguo amigo pero conservando siempre una respetuosa distancia, y guardándole todas las consideraciones que se debían á su carácter sacerdotal.

CAPÍTULO VI

Llegada á Paris.—Va á Paray - le - Monial

Habiendo llegado el vapor con toda felicidad á Pauillac, puerto francés de escala, y destino de Don Camilo, éste desembarcó allí, con gran sentimiento de todos los que debían seguir su viaje en el buque hasta Liverpool. La despedida fué muy cariñosa y conmovedora por su sin-

ceridad. Al dejar el vapor, tomó el tren que debía conducirlo á París, residencia entonces de su buena madre, de dos hermanas, una de ellas casada, y de un hermano, casado también, que le recibieron con extraordinario júbilo, después de cerca de doce años de separación. Pasados los primeros días de su reunión, Don Camilo explicó á su madre sus ideas y el proyecto que tenía formado de ingresar en la Compañía de Jesús, y para ello deseaba obtener antes su consentimiento y aprobación. La señora le contestó, que, aunque su entrada en la Compañía haría completa su separación de ella y de la familia, lo que ella no podría menos que lamentar con todo su corazón, más si tal era su inclinación y si él creía que era allí donde Dios le llamaba y quería, y si había meditado con calma su decisión y pensado bien las ventajas é inconvenientes del paso que iba á dar, á ella no le quedaba que hacer sino darle su bendición y pedir á Dios que le concediese la paz de espíritu y la dicha que él buscaba en el seno de la Compañía de Jesús. Desde su llegada á París nuestro Sacerdote iba casi diariamente á celebrar la santa Misa á la Capilla de la Avenida Friedland llamada *Española*, en donde se

había establecido de tiempo atrás la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento. Esta Capilla ésta servida por los padres del Santísimo Sacramento, españoles casi todos, que han continuado allí á despecho de la famosa ley sobre las Congregaciones religiosas, que tan triste celebridad valió á su autor, Mr. Julio Ferry. Estos buenos Padres, edificados por la unción de Don Camilo, y atraídos por la simpatía que inspiraba á cuantos le conocían, le manifestaron deseos de que se quedase con ellos, diciéndole que ellos no daban abasto al trabajo que había, y que él podía hacer allí mucho bien, puesto que lo que deseaba era trabajar. Don Camilo les manifestó su agradecimiento y su pena por no poder aceptar tan bondadosos ofrecimientos á causa de su resolución de alejarse del mundo, siguiendo su vocación por la vida monástica. Acababa entonces de llegar á París procedente de la Tierra Santa, el eminente Sacerdote chileno Don Ramón Angel Jara (actual Obispo de Ancud), antiguo y buen amigo de Don Camilo, á quién buscó inmediatamente, habiendo tenido noticia de su llegada. En su primera entrevista, Don Camilo le comunicó su resolución de no volver á su patria y de

hacerse jesuíta, cuya noticia causó honda pena al señor Jara, que no quería que tan buen amigo y ejemplar Sacerdote se alejase para siempre del país, pero no intentó combatir sus ideas, porque comprendió que esta decisión era fruto de una irresistible inclinación y de muchos años de muy serias y detenidas meditaciones. El señor Jara había estado en Italia y había quedado prendado del buen juicio y de la santidad de Don Bosco y aconsejó á Don Camilo, que antes de dar un paso tan serio y decisivo, fuese á ver á aquel santo varón y le consultase, pues estaba perfectamente convencido de que nadie podría ver tan claro, ni aconsejarle tan bien, como él. Esta indicación apoyada por su mamá y por sus hermanas, que conocían ya la fama de santidad de Don Bosco, hicieron bastante efecto en el ánimo de Don Camilo, pero ya éste había despachado su equipaje para Lourdes, adonde pensaba hacer una peregrinación y resolvió llevar adelante su plan de ir á este Santuario y al de Paray-le-Monial, á pedir á Dios iluminase su espíritu, rodeado en aquel momento de las tinieblas de la incertidumbre, y le indicase el camino que había de seguir. Apenas

se desocupó en París de la impresión de uno de sus libros de piedad, que tenía entre manos, emprendió el viaje para Paray-le-Monial y llegó allí precisamente en momentos en que iban á pasar las reliquias de la Beata María Alacoque de una de las capillas del santuario en donde es costumbre ofrecerlas á la veneración de los fieles en la estación del verano, á otra capilla, y faltaba casualmente un Sacerdote para completar el número de los que debían conducir las en hombros y él sin tardanza fué gustosísimo á ocupar ese puesto de honor. La alegría que le produjo tan feliz coincidencia fué extraordinaria, considerándola como un señalado favor del Cielo, y con fe y entusiasmo pidió al Señor, que, por los méritos de su sierva, le inspirase lo que debería hacer. «En aquel momento,» nos decía, «me vino á la memoria la conversación y consejo de mi familia y de mi amigo el Sacerdote chileno en París, de ir á ver á Don Bosco, y persuadido de que tal recuerdo era la respuesta á mi súplica tomé sin más vacilación el tren para Turín.»

Ya sabemos cómo llegó al Oratorio Salesiano, y de qué manera, tan providencial abandonó un proyecto tan largo

tiempo meditado y resuelto, para hacerse hijo y colaborador de nuestro venerado y querido, Padre Don Bosco, aceptando el *pan, trabajo y Paraíso*, que le ofreció en su primera visita, y que decidió de su suerte, de una manera tan inesperada para el mismo Don Camilo.

CAPÍTULO VII

En Valsálce

Es creencia bastante general en el mundo, que al abrazar la vida religiosa el sacrificio es menos real que aparente, pues hasta la pérdida de la libertad individual la compensan las muchas ventajas que se obtienen, entre otras, la de asegurarse una existencia cómoda y descansada, exenta de afanes y de preocupaciones, en una palabra, una vida regalada. Aun entre buenos católicos hay quien participa de esta creencia, si bien no de una manera tan absoluta; pero son pocos los que creen en una verdadera vocación, que consiste en la inclinación irresistible á alejarse del mundo para dedicarse exclusivamente al servicio

de Dios. Pero dejando á un lado á los primeros, que no miran las cosas sino por el prisma de los goces y conveniencias de la vida material, y concretándonos á los últimos, debemos decir, que el que con tan falsas ideas entra á formar parte de una comunidad religiosa, se expone á sufrir terribles desengaños.

La vida religiosa era la única que en realidad podía traer la paz al espíritu, del buen Don Camilo, y acaso la que desde sus primeros años había soñado, y á donde la mano de la Providencia le había visiblemente conducido. Bajo la influencia de tales ideas, llegó á Valsállice, y penetró con la sonrisa en los labios, reflejo de la santa alegría de su alma, en la casa del Noviciado; y queriendo que su primer paso allí, fuese un acto de humilde sumisión, se dirigió inmediatamente á ponerse á las órdenes del Maestro de Novicios.

San Luis Gonzaga al presentarse en Roma al Superior de los Jesuítas, arrojándose á sus pies, le dijo lleno de emoción estas palabras: « Padre mío, tened piedad y misericordia de mi alma. Os prometo ser un hijo sumiso y obediente: Sed vos para mí un Padre indulgente y benévolo. »

Asimismo, el nuevo hijo de Don Bosco se sintió dominado por idénticos sentimientos.

Ingresando bajo tan extraordinarias circunstancias en la Sociedad Salesiana y dadas sus condiciones de carácter, parece como que ningún cambio en su vida hubiera debido sorprenderle, ni ninguna privación hacerle mella. A pesar de todo, y como una prueba de la verdad de lo que dejamos asentado, no fué nuestro Salesiano en ese particular una excepción á la regla general. El también debía sufrir y ser blanco de los ataques del enemigo, y como tantísimos otros, tener sus momentos de desaliento. Dios quiso así permitirlo, sin duda para hacer aún más meritorio su sacrificio.

Aliviado su pecho de la cruel incertidumbre en que había vivido por tanto tiempo, hasta que al aceptar el *pan, trabajo y Paraíso* de manos de Don Bosco, había decidido de su porvenir, salió de Turín contento y tranquilizado su espíritu por el convencimiento de haber encontrado en la Sociedad Salesiana el retiro que por tantos años había sido el más grande anhelo de su alma.

Al llegar á Valsálice se dirigió, como queda dicho, á la sala del Maestro de Novi-

cios, é inclinándose respetuosamente ante él, le dijo en francés: «Mucho trabajo voy tal vez á dar á V. porque á mi edad hábitos ya arraigados son difíciles de extirpar, pero aun cuando le ruego sea indulgente conmigo, no pretendo con esto que se haga ninguna excepción en mi favor por motivo de mis años, sino que se me trate del mismo modo que al más joven y último de los Novicios.»

El Maestro de Novicios favorablemente impresionado por tanta humildad, acogió á Don Camilo con la mayor afabilidad y le exhortó á armarse de valor y paciencia para que el cambio que iba á operarse en su vida y costumbres le fuese menos duro, y para que pudiese luchar y vencer los obstáculos, que sin duda encontraría en su camino. «Sobre todo, terminó diciéndole, procure á todo trance evitar dar entrada en su alma al desalieto, que es el mayor de los peligros y el arma más poderosa del enemigo malo. Piense siempre que mientras más escabrosa fuere la senda, mayor será el mérito y más grande la recompensa que encuentre al fin de la jornada.»

Para quien ha gozado siempre de completa libertad é independenciam y ha podido disfrutar de todas las comodidades

que en el mundo constituyen los codiciados *conforts* de la vida, el cambio que se experimenta al someterse á las privaciones y manera de vivir en una Comunidad religiosa tiene que ser muy duro, sobre todo á cierta edad, en que, como también lo había dicho Don Camilo, hay costumbres antiguas, difíciles de abandonar. Contrayéndonos especialmente á la Sociedad Salesiana, la entrada en ella, para el que entra en las circunstancias del Señor Ortúzar, presenta en lo general dos inconvenientes: uno es la absoluta dependencia de la voluntad del Superior; y el otro, la calidad de los alimentos y la manera de prepararlos y servirlos, tan distinto todo de lo que en general se acostumbra en la vida ordinaria entre personas de buena posición. Pero Don Camilo tenía que tropezar, además con otra seria dificultad, la del alojamiento. De constitución delicada, cambiar repentinamente el clima suave y templado en que había nacido y vivido y las habitaciones abrigadas y cómodas á que estaba acostumbrado, por el frío penetrante del invierno en el Norte de Italia, en una celda estrecha y desnuda, como las de Valsálice, era un contraste demasiado violento y forzosamente debía producirle grandísima impresión.

En efecto, según más tarde manifestó con su habitual sinceridad, en el primer momento y durante toda la primera noche, se sintió tan profundamente triste y desalentado, que llegó hasta á imaginarse que le sería imposible resistir la vida de duras pruebas que le esperaba, y que acaso se vería obligado á renunciar á ella. Al entrar en su cuartito tan estrecho, tan feo y pobre, sintió oprimírsele el corazón, y besando de rodillas el suelo, exclamó: ¡Dios mío! ¿tendré fuerzas y valor para resistir pruebas como éstas? La noche entera la pasó en vela, entregado á las más tristes reflexiones, llegando hasta á pensar si no habría procedido precipitadamente al adoptar aquella resolución, sin haberse tomado el tiempo necesario para meditarla y averiguar antes á que deberes y privaciones se sometía. «De aquí, sin duda, sólo saldré para el Paraíso, después de sufrir cruel martirio.»

Al llegar el día, cansado por una noche de insomnio, que le había parecido una eternidad, quiso consolarse, dejando penetrar en su pobre cuarto la luz matutina, en la esperanza de que ella penetraría también en su espíritu y lo alegraría. Abrió, pues, la ventana, tuvo la gran satisfacción y el consuelo de ver la luz del día

y de observar lo que antes no había podido notar á causa de estar herméticamente cerrada, y era que ella daba sobre la Capilla y tan cerca de ésta, que podía distinguir la lámpara del Sagrario. Este inesperado descubrimiento fué para su alma un bálsamo, que vino á aliviarla y curarla de sus dolores. Desde aquel mismo instante empezó á mirar con otros ojos su miserable habitación y á dar gracias al Señor, por haberle concedido el favor y el consuelo de colocarlo tan cerca de él y permitirle disfrutar de su compañía. Arrepentido del primer movimiento de impaciencia y desaliento, recobró la serenidad de espíritu, y no habría entonces cambiado su pobre y estrecha celda, por el más espacioso y cómodo salón. Algún tiempo después, al volver á Valsálice, iba siempre á visitar su antigua habitación, en la que por un favor especial de la Providencia vió en un momento trocada su negra tristeza en la más santa alegría.

Al principiar su noviciado é imponerse de las reglas y costumbres de la casa, nada le impresionó tan agradablemente, como el trato que á la manera de padres á hijos recibían los niños de manos de sus maestros, sin recurrir á castigos cor-

porales ni á palabras descompasadas ó duras para corregirlos. Todo allí se hacía por medio de la dulzura y el cariño, empezando por inculcar á los niños el sentimiento del deber y obligándolos después á cumplirlo con el estímulo y el cariño y jamás por el temor del castigo. La plática que el Director tiene costumbre en todos los Establecimientos Salesianos, de dirigir á los niños, después de la hora de recreo antes de retirarse á sus dormitorios, tan sencilla y al mismo tiempo tan llena de enseñanzas, le encantaba. Eran los consejos de un padre amoroso á sus hijos, en que debían meditar mientras les venía el sueño, siempre fundados en el amor á Dios y á su prójimo, el respeto á sus mayores, el amor á la virtud, á la verdad y al trabajo y el horror á la mentira y á la ociosidad, todos esos sentimientos que convierten un mal niño en uno bueno y hacen el bueno mejor. Estos detalles de la vida de nuestra Sociedad en la cual no hay momento que no se pueda emplear en algo útil, hicieron aumentar de día en día su adhesión á ella y el cariño y admiración por Don Bosco, todo amor y abnegación, y sintióse feliz de seguir sus huellas.

Así empezó la vida de nuestro nuevo Hermano, en medio de nosotros.

Poco tiempo más tarde, una mañana después de haber celebrado su Misa, fué llamado por el Director para decirle que deseaba tomase á su cargo la clase de Historia Eclesiástica, á los estudiantes de Teología.

El Director, á pesar de conocer hacía tan poco tiempo á Don Camilo, había podido apreciar sus aptitudes; y comprendiendo cuanto debía esperarse de un Sacerdote tan celoso en el cumplimiento de su deber, no había vacilado en confiarle esta importante asignatura.

El primer movimiento de Don Camilo, fué declarar que no estando suficientemente versado en la lengua italiana, debía principiar por aprenderla bien antes de pensar en enseñar en ella; pero deseoso de hacerse útil aun cuando fuese á costa de mayor trabajo, aceptó con mucho gusto el empleo que se le daba y se puso á estudiar con ardor, á fin de poder corresponder dignamente á la confianza del Director y no hacer tampoco un mal papel ante sus nuevos discípulos. Se comprende que tendría que esforzarse doblemente para alcanzar ese resultado, pero cuando se trataba del deber, desaparecían ante él todos los obstáculos y nada le importaba el trabajo por duro que fuese.

Don Bosco le había asegurado que encontraría en nuestra Sociedad mucho trabajo y empezaba á cumplirse su palabra, aun más temprano de lo que acaso el mismo Don Bosco había previsto y deseado.

Muy amigo del orden y de la disciplina, quiso desde el principio imponerse de nuestras reglas y costumbres, y hacer un estudio especial de ellas, de suerte que en muy poco tiempo estaba tan práctico como el miembro más antiguo de nuestra Sociedad. Su puntualidad en la asistencia á las clases como estudiante y su atención á las lecciones, eran ejemplares y servían de estímulo á todos. Asimismo, cuando se hizo cargo de la clase de Historia Eclesiástica, dió pruebas de escrupulosa exactitud y de tal celo por el adelanto de sus discípulos, que á todos causaba admiración.

Poco tiempo necesitó, gracias á sus esfuerzos, para dominar la lengua italiana lo suficiente como para poder dar su clase con bastante corrección, como acaso hubieran podido hacerlo pocos extranjeros.

Sus discípulos le querían, y á pesar de la suavidad y dulzura que con ellos usaba le respetaban y obedecían sin que jamás hubiese tenido que hacer uso de su autori-

dad. Preguntado una vez, qué hacía para conseguir este resultado, él que parecía incapaz de enojarse, y que por su excesiva bondad de corazón, nadie podía temer castigo alguno de su mano, su respuesta fué muy sencilla: «Me hago respetar de mis discípulos, respetándolos yo á todos ellos. No hago jamás una observación en tono de enojo, y sin tener perfecta razón para ello. No voy jamás á la clase, sin haber estudiado bien á fondo el punto de que voy á tratar, para poder hablar con autoridad y estar en aptitud de resolver cualquier duda sin vacilación, y como quien no teme cometer un error en lo que está diciendo. Procuro además interesar la atención de los estudiantes con digresiones pertenecientes á la materia de que estoy tratando, respecto de las cuales suelo después hacer preguntas, y de esa manera los obligo á estar siempre en guardia.»

Su inalterable afabilidad y buen humor eran la admiración de todos. En un establecimiento como el de Valsálice, á pesar de reinar en él la mayor cordialidad y la mutua consideración entre maestros y estudiantes, nunca faltan pequeños incidentes, en que se prueba el carácter de las personas. Con todo, era voz general

que, aunque se viniera el mundo abajo, jamás se notaba en Don Camilo el menor signo de impaciencia ó mal humor. Su tolerancia no conocía límites, y su bondad era inagotable.

A petición suya, y como una gran concesión á los méritos que diariamente contraía por su comportamiento como Novicio y como Maestro, se le permitió que fuese una vez por semana á visitar á Don Bosco en Valdocco, y allí, en compañía de Don Augusto (1), se ponía bajo la dirección de aquel virtuosísimo maestro espiritual. Desgraciadamente para él, poco tiempo le fué dado disfrutar de este gran beneficio, pero no por eso dejaba de dar constantemente gracias á Dios, por haberle dado la oportunidad de conocerle, de oír sus consejos y poder seguir sus huellas.

Al mismo tiempo que Don Camilo se instalaba en Valsálice en 1887, como miembro de nuestra Familia, se fundaba en la ciudad de Concepción, en la república de Chile, su patria, la primera Casa Salesiana. El año siguiente, se estableció la que existe en la ciudad de Talca. Estos sucesos llenaron de júbilo

(1) El príncipe de Polonia, Augusto Czartoryski, Novicio Salesiano en aquella época.

su corazón, persuadido de que la existencia de esas Casas en aquel país hacía un bien inmenso, sobre todo á la clase desvalida é ignorante.

CAPÍTULO VIII

Muerte de Don Bosco. — Su amor al gran Padre. — Va á Lanzo

Hacía apenas tres meses que Don Camilo formaba parte de nuestra Sociedad, cuando nuestro venerado Padre se dormía plácidamente en brazos del Señor. El recuerdo de esa triste época será indeleble en nuestros corazones y en el de nuestro buen Hermano Camilo que tantas pruebas dió de su cariño y adhesión á nuestro buen Padre. Mas no siéndole posible permanecer allí junto al lecho de Don Bosco en sus últimos días, y ni siquiera acercarse á él, Don Camilo pasaba horas enteras en la Capilla vecina entregado á la oración, y tan absorbido en ella, que no se daba cuenta de lo que ocurría en torno suyo. De cuando en cuando salía á informarse del estado del enfermo y en su semblante, como en un

espejo, se reflejaba la alegría y la tristeza, según fuese buena ó mala la noticia recibida. Conociendo la abnegación de su noble alma, nadie dudaba sintiendo la falta que iba á hacer á nuestra Sociedad nuestro buen Superior, él había ofrecido en holocausto su vida, á fin de prolongar por algún tiempo más la de Don Bosco. Pero la Divina Providencia ya había dispuesto premiar sus muchos merecimientos, llamándole á su seno el 31 de Enero de 1888. Acostumbrados por nuestro Padre á inclinar humildemente la frente ante los decretos del Todopoderoso, sin dejar por eso de derramar abundantes lágrimas de verdadero dolor, quisimos consolarnos pensando que si el cuerpo nos dejaba, en cambio, el espíritu permanecería siempre en medio de nosotros y guiaría nuestros pasos por la senda que nos había trazado. Don Camilo dió muestras de un dolor acerbo, pero tranquilo y resignado, cual debía sentirlo un alma que sólo aspiraba á unirse con su Criador y contaba con que la separación de nuestro venerado Padre sería para él de corta duración.

Los llorados restos fueron conducidos á Valsálice y depositados en una tumba que el cariño de sus hijos le había allí preparado y en la que reposan. Don Ca-

milo no dejó de ir mañana y tarde al pie de la tumba del amado Padre, para recibir parte del espíritu de Dios que le parecía sentir cernirse sobre ella.

Entre tanto había llegado el invierno con su acostumbrado cortejo de resfriados y demás sufrimientos que señalan su aparición. No habituado Don Camilo á los rigores del clima, sufría visiblemente por efecto de ellos, pero sin proferir una queja, ni echar siquiera de menos la suave temperatura de su país. Lejos de eso, sin preocuparse de que con ello arriesgaba su salud, cumplía estrictamente el reglamento, aun en la parte que dispone que todos los Aspirantes y Acólitos tengan su recreos en comunidad y al aire libre, y aunque los Sacerdotes estaban exceptuados de esta regla, él no quiso nunca aprovecharse de tal privilegio, y así se le veía aún en los días más crudos y desagradables, salir á la intemperie y confundirse con sus compañeros, ya frotándose las manos ó bien zapateando con fuerza por los pórticos para entrar en calor, pero nunca contrariado sino siempre dulce y sonriente.

Un día le preguntó uno de los compañeros, observándole el frío intensísimo que hacía, si no echaba de menos la sua-

ve temperatura de su país. «¿A qué fin? le respondió. ¿Qué ganaría con desear tenerla aquí y lamentarme de que así no fuese si no había de conseguirlo? Mejor es aceptar las cosas, tal cual Dios ha querido enviárnoslas; y en mi caso, siguiendo el proverbio de que *donde fueres, haz lo que vieres*, cuando hace demasiado frío, me doy mis trazas para soportarlo, haciendo lo mismo que veo hacer á los demás. Me consuelo además pensando que los males de la vida son pasajeros y mayormente los que, como el frío, no duran sino todo lo que dura la causa que los motiva, como en este caso el invierno. Si Dios quiere hemos de ver pronto la primavera y después el verano, y en este último, quizá echar de menos lo que hoy es causa de mortificación y que quisiéramos ver desaparecer prontamente.»

Todo, hasta lo más insignificante, era en Don Camilo digno de encomio.

Su humildad y modestia no tenían límites y bastará citar como ejemplo, que á pesar de que su doble calidad de Sacerdote y de Maestro le ponía al nivel de los Superiores y de que nadie le trataba como Novicio, él nunca, ni por un momento, llegó á olvidarse de que lo era. Los Superiores le trataban de igual á igual

y procuraban inspirarle confianza, pero se mantuvo firme en su puesto. No es posible ser más sufrido y tolerante que lo que él era; nada echaba de menos y no parecía ni siquiera caer en cuenta de las privaciones que su nueva situación le imponía, no obstante haber estado acostumbrado á disfrutar desde su niñez de todo género de comodidades.

Si el trabajo del Maestro es siempre pesado, aun para los que están habituados á él, con mucha mayor razón lo es durante el primer año en que se ejercen las funciones de tal. ¡Cuánto se desea entonces el descanso de las vacaciones! Don Camilo, que llevaba el cumplimiento del deber hasta la exageración y que había trabajado en sus clases como acaso lo habrán hecho pocos, se sentía bastante fatigado y veía con gusto la época del descanso, aunque quizá no tanto para reparar sus fuerzas bastante debilitadas, cuanto por tener algún tiempo suyo que dedicar exclusivamente á sus estudios y prepararse para hacer sus votos. Halagado con tan lisonjera esperanza, hacía sus cálculos y sus distribuciones del tiempo, para sacar de él todo el provecho que le fuera posible, cuando un día fué llamado por el Padre Superior, el cual le preguntó si no iría con gusto á Lanzo.

—Sí, mi buen Superior, y una vez allí ¿qué desea V. que haga?

—Un poco de vacación. Irán en su compañía los Aspirantes, á respirar aquel aire tan vivificante.

—Iré, con mucho gusto; basta que usted me lo ordene.

—Muy bien; pero será necesario que, una vez allá se encargue de los Acólitos y les dé clase de lengua española.

—Lo haré así, mi buen Superior, contestó Don Camilo sonriendo.

—¿Y por qué se ríe Vd.? le preguntó el Superior.

—Le diré; porque veo que se cumple la promesa de Don Bosco al entrar yo en la Sociedad, de que nunca me faltaría trabajo; pero no importa, dijo ya serio, pues eso, lejos de desagradarme, me complace sobremanera y será V. puntualmente obedecido.

Don Camilo poseía en alto grado el arte de hacer amar el estudio y de hacerlo provechoso para sus discípulos. En eso están contestes todos sus discípulos. A fuerza de estudios y ayudado por su profundo conocimiento del latín, del francés y de su propia lengua, logró dominar prontamente las dificultades del italiano, hasta el punto de hablarlo y escribirlo

con poquísimas faltas y sólo aquellas casi inevitables por un extranjero con tan poco tiempo de práctica como el que él había tenido. Su sistema era anotar en una libretita que siempre llevaba consigo, cualquier palabra ó frase que le hubiese presentado alguna dificultad, la estudiaba hasta grabarla en la memoria, principalmente si se trataba de algún modismo de la lengua. Este trabajo que raras personas se toman, le sirvió no tan sólo para llegar con el tiempo á poseer con perfección el italiano, sino como medio para enseñar y estimular á sus discípulos, que eran la esperanza de la Sociedad en las apartadas regiones de la América española, en cuya lengua más tarde habían de enseñar á los demás.

Los Acólitos estaban sumamente contentos de tener semejante Maestro, tan instruído y tan deseoso de instruir, tan concienzudo y paciente y tan exacto en el cumplimiento de su deber.

Escritor distinguido en su lengua nativa, nos hacía conocer y saborear sus bellezas, consiguiendo con ello que sus discípulos dedicasen con gusto su tiempo y su atención á estudiarla. Sus maneras finas y agradables y su conversación siempre instructiva é interesante, hacían con

frecuencia olvidarse á sus discípulos hasta de la hora de recreo. Paseándose agrupados á su rededor le instaban á que les hablase sobre alguna materia instructiva ó edificante, á lo que él se prestaba siempre gustoso, pues queriendo cumplir á la letra su obligación, no se separaba de los jóvenes que le estaban encomendados ni aun aquellos ratos en que á los maestros les es lícito hacerlo. La convicción de que así procedería, fué precisamente lo que pesó en el ánimo de los Superiores para designarlo como Maestro de los Acólitos, y su celo por la instrucción y adelanto de ellos era tal, que no sólo les dedicaba todas las horas de trabajo, sino que fuera de ellas estaba continuamente en busca de alguna curiosidad científica, religiosa ó literaria, que pudiese servirle de tema de disertación con que dar animación é interés á las recreaciones.

Su lugar favorito de paseo era el mismo escogido por Don Bosco durante su permanencia en Lanzo, es decir la parte de la pradera desde donde podía descubrirse en lontananza la preciosa vista de Turín á las márgenes del Stura. Sentado allí sobre la alfombra de verdura contemplando el magnífico panorama que se presentaba á su vista, arrullado por el

suave murmurio de las aguas del Stura, que bañaban la falda de la colina, é imaginándose acompañado por el espíritu de Don Bosco, narraba sucesos edificantes de la vida de nuestro buen Padre ó de la de algún Santo, ó algún trozo escogido é interesante de historia. De ordinario hablaba á sus discípulos en español, para habituarles el oído á esa lengua, pero tomándose el trabajo de traducir al italiano todo lo que consideraba fuera de la comprensión de sus alumnos. De ahí resultaba, que hasta los recreos se convertían en una conferencia en alto grado provechosa para los jóvenes, pero muy cansada para el Maestro, que tenía el doble trabajo de estudiar y enseñar. Estas atenciones tan multiplicadas y asiduas, no le impidieron sin embargo, preparar la tercera edición de un libro, tan útil como interesante, sobre la primera Comunión, especialmente adaptado para uso de nuestros establecimientos en la América del Sud, que dedicó á la memoria imperecedera de Don Bosco, con frases impregnadas de verdadero afecto y veneración por el inolvidable y malogrado Fundador de nuestra Pía Sociedad.

CAPÍTULO IX

Sus Votos religiosos. — «Non habemus hic manentem civitatem.» — **Fervor con que celebra.** — **Se le da por compañero, el Príncipe Czartoryski.**

Se aproximaba la época de los Ejercicios espirituales de la Comunidad, que para él iba á ser además la de su Profesión religiosa, coincidiendo casualmente el cumplimiento del año de su Noviciado con la fiesta de la Inmaculada Concepción. Esta circunstancia tan feliz le llenó de gozo, y le hizo exclamar, al darse cuenta de ella: «¡Nací para el Señor el glorioso día de Nuestra Señora del Carmen, y para la Sociedad Salesiana lo haré en el no menos glorioso de María Inmaculada! ¡Gracias á Dios y á María!»

Con grandísimo placer recordamos el día en que nuestro querido Don Camilo se consagró á Dios en nuestra Sociedad, después de cuidadosa preparación. Nada dejó que desear. Aquella frente tan serena y libre de la más leve nube de preocupaciones que no fuesen las de la vida

eterna, y aquella sonrisa tan ingenua, verdadero reflejo de la paz y felicidad de su alma, quedaban indeleblemente grabadas en la memoria, como la obra de la gracia del Señor que ellas revelaban.

Cuando por fin llegó el día suspirado en que debía pronunciar sus votos, levantó los ojos al Cielo exclamando: «¡Dios sea loado que me permite satisfacer mis más ardientes deseos! ¡He aquí el día más feliz de mi vida!» Y bajo estas dulces impresiones se acercó al altar de la Capilla de Valsálice y con voz clara, vibrante de emoción, leyó la fórmula de sus Votos, en medio del enternecimiento general.

Después de la conmovedera ceremonia, mientras los nuevos Hermanos se encontraban rodeados de amigos que los felicitaban, Don Camilo andaba solo, en busca de los miembros del Capítulo Superior que aquel día se encontraban en Valsálice, para darles las gracias por el favor que le habían hecho, admitiéndole á formar parte de la Comunidad Salesiana. Viendo aquello no podíamos menos de recordar el *Et hic erat alienígena* del Evangelio. Cuando todos á una voz manifestábamos nuestro contento y satisfacción de tenerlo ya como Hermano, nos

contestaba él, con su habitual modestia: «El que debe alegrarse y regocijarse y deshacerse en acciones de gracias, soy yo: ¿qué podrán hacer de mí que para nada sirvo!»

Aquel mismo día, mientras hacíamos los preparativos para la Academia de María Auxiliadora, Don Camilo fué á ver al Superior pidiéndole le dijese á donde pensaba destinarle. El Superior le contestó, que había decidido que permaneciese allí, cerca de la tumba de Don Bosco. Esta resolución, que respondía á sus ardientes deseos, le enterneció hasta el punto de hacerle brotar lágrimas. El Superior extrañado, le preguntó:

—¿Qué sería más de su agrado que le mandara á otra parte?

—No permita el Cielo, contestó, que yo desee nada contra la voluntad de mis Superiores. ¡Estas lágrimas son de gratitud únicamente!

—Y en cuanto á ocupaciones, por ahora continuará redactando el *Boletín Salesiano*, en lengua española y dará la clase de Teología á los Acólitos.

—Bueno, de ese modo no me faltará el trabajo prometido por Don Bosco.

Aquella palabra *por ahora* que es causa frecuente de alarmas á espíritus pusilá-

nimes, dijo claramente á Don Camilo, que no debía esperar permanecer mucho tiempo cerca de la tumba de Don Bosco. La idea de no estar seguro de permanecer durante mucho tiempo en este lugar le inquietó un poco; mas recordando las palabras de San Pablo: *Non habemus hic manentem civitatem*, pronto recobró su tranquilidad. Si desde muy temprano nuestro querido Don Camilo habría podido presentarse como modelo de Sacerdote celoso y ejemplar, hasta en los menores detalles de su vida, podía entonces decirse que era el tipo del perfecto religioso.

Y para pensarlo así, bastaba verlo en el altar. Era la exactitud y la corrección en persona en la observancia de las sagradas rúbricas, y, en cuanto á su piedad y recogimiento al celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, era un verdadero discípulo del Divino Maestro.

A veces nuestros Superiores le mandaban á decir Misa á algún convento ó capilla de alguna institución religiosa vecina, y eran de oír las manifestaciones de gratitud que se recibían y los deseos que se manifestaban de que el ejemplar Sacerdote fuera siempre designado para este servicio.

Con la misma unción que ponía en la

Misa, subía al púlpito, sólo que su falta de fuerzas no le permitía predicar en iglesias espaciosas, donde tuviera que levantar la voz para que le oyeran.

Fué designado para ir á Barcelona á dictar Ejercicios á las Hijas de María Auxiliadora, y su permanencia allí fué sumamente provechosa y agradable para ellas, y la especie de Misión que les dió, fué una abundantísima cosecha de bendiciones del Señor para aquella Casa.

En ella hubo frecuentes oportunidades para apreciar la representación de la América en este tipo del verdadero Misionero Salesiano, al que nuestros Hermanos miraban como un ejemplar Sacerdote digno de ser imitado, que en tan poco tiempo, había sabido copiar en sí el espíritu de Don Bosco.

Este nuevo trabajo que se impuso Don Camilo por espíritu de obediencia, siendo muy superior á sus fuerzas, acabó por agotarlas y le reprodujo antiguos sufrimientos, que le obligaron á regresar á Turín, en donde á su llegada fué atacado de una pulmonía, que le postró en cama durante varias semanas.

■ Pasada esta enfermedad y cuando hubo recobrado un poco sus fuerzas, volvió á encargarse de la clase de español. Pero

viéndose que necesitaba descanso y cambio de aire, se le designó para que fuese á San Remo á reunirse con Don Augusto (el joven príncipe de Czartoryski) que se preparaba á la sazón para ingresar en nuestra Pía Sociedad, á fin de que juntos buscasen un clima conveniente para ambos, según la opinión de los médicos.

CAPÍTULO X

Grave riesgo. — Confianza en Maria. — Trabajo. — Caridad con el enfermo. — Prácticas de piedad.

Siendo el estado de salud de Don Augusto mucho más delicado que el suyo, Don Camilo se consagró á cuidarle con el mismo interés y cariño que lo hiciera una Hermana de Caridad, no obstante hallarse él mismo bajo un régimen curativo y sometido á los cuidados y á la autoridad de un Enfermero. Siguiendo las instrucciones del médico, el Asistente le trajo un día una medicina para él; pero sin fijarse en el rótulo, que indicaba ser para uso externo, Don Camilo, siguiendo su costumbre de obedecer, la tomó sin

la menor desconfianza. Era veneno. Poco después, como empezara á sentir sus terribles efectos se fijó en el rótulo, y comprendiendo el error cometido por el Enfermero, se encomendó con toda calma y confianza á María Auxiliadora y se puso á beber mucha agua, logrando así arrojar la poción que había bebido y atenuar sus efectos. La Santísima Virgen vino en su ayuda, y el veneno diluído y expelido del estómago en los vómitos provocados por el agua, no tuvo mayor fuerza y no le hizo el daño que al principio se temía. Pasado el peligro, dió parte á los Hermanos para que viniesen á unirse á él en acción de gracias al Todopoderoso por el favor que acababa de dispensarle, salvándole la vida en esta terrible emergencia. Entretanto el pobre Enfermero, causa inconsciente del mal, no podía darse paz, pero Don Camilo que era la bondad misma, procuró de cuantas maneras pudo, tranquilizarle asegurándole que la Santísima Virgen había querido permitir su equivocación, á fin de mostrar mejor su misericordia y enseñar á sus hijos á tener confianza en Ella, y no permitió que volviese jamás á hablarle del asunto.

Para satisfacer los deseos de la familia

de Czartoryski le había arrendado una casa de campo muy decente y espaciosa, pero Don Camilo llevaba en ella la misma vida humilde y dedicada enteramente al trabajo de siempre. Jamás salía á paseo á pie y cuando Don Augusto debía hacerlo en carruaje, procuraba que le acompañase el coadjutor, quedándose él en la casa leyendo y estudiando. No se tomaba otro recreo que el acostumbrado después de la comida y de la cena, ocupando escrupulosamente el resto del tiempo en algo útil. El lado más brillante de esta naturaleza tan privilegiada era, después de su sólida piedad é inagotable caridad, su amor al trabajo y su incansable perseverancia en él. *Trabajad, trabajad, trabajad*, repetía Don Bosco en sus últimos momentos, y fué la mejor herencia que pudo dejar á sus hijos y particularmente á Don Camilo, que la recogió y la hizo el lema de su vida. Su retrato debiera hacerse con la pluma en la mano, porque, lo más fecundo de su Apostolado fueron sus escritos; y al pie de él debiera escribirse la palabra del emperador romano: *Laboremus*, ó el lema del gran Pontífice Sixto: «Morir de pie.»

Poseía Don Camilo el arte delicado de saber ejercer la caridad, que la hace do-

blemente amable, y dió repetidas pruebas de que su pecho abrigaba un corazón compasivo y tierno, rodeando á Don Augusto de los más afectuosos y asiduos cuidados y no haciéndole jamás notar las molestias que por él se tomaba, sino más bien como quien recibe un favor con permitírsele tomarlas. Se fijaba hasta en los más insignificantes detalles que podían contribuir al alivio y bienestar del enfermo; y con el cariño y delicadeza de una tierna madre, cuidaba de su cuerpo y confortaba su espíritu. Nadie habría podido interpretar mejor los deseos del príncipe de Czartoryski respecto de la asistencia de su hijo, ni evitar los disgustos que tal vez habría podido traer á nuestros Superiores una falta cualquiera en ese sentido, y daba de corazón gracias á Dios de que le hubiese presentado la oportunidad de prestar estos servicios, tanto por amor á su prójimo, como por dar á nuestra Sociedad una prueba de su afecto y gratitud. Sus palabras como sus hechos para con el pobre enfermo, eran á cada paso una prueba de la caridad cristiana de que estaba poseído, y aun cuando él trataba por todos los medios de que su conducta pasase, si era posible, desapercibida de todos, y en es-

pecial de la familia de Don Augusto. El padre de éste no pudo menos de comprender cuán grande y noble era la abnegación y cuán desinteresados los servicios de Don Camilo y manifestarle más de una vez su gratitud, y en particular en una ocasión en que, habiéndose presentado repentinamente y sin anunciarse en la casa de campo, encontrando á Don Camilo al pie del lecho de su hijo, se conmovió tanto que con lágrimas en los ojos, le estrechó las manos y le dijo: «Dios le recompense, Don Camilo, por tanta caridad para con mi hijo y para conmigo, permitiéndome vivir tranquilo por ese lado.»

La vida diaria de Don Camilo era de la mañana á la noche un continuo sacrificio. Lo primero que hacía por la mañana, era enterarse bien del estado del enfermo para dar cuenta al médico de lo que había ocurrido durante la noche: recibía luego instrucciones respecto de las medicinas y alimentos de Don Augusto, y tomaba nota de cualquier indicación que le hiciera el facultativo. En seguida decía su Misa, y sabiendo que Don Augusto deseaba oírla diariamente, había arreglado una Capilla en la pieza contigua á la suya. A las once hacía la meditación

en compañía de los Hermanos, leyendo el punto correspondiente, y después de comer á la hora conveniente, invitaba á los demás á un rato de lectura espiritual y á la visita al Santísimo Sacramento, y por la tarde rezaba en comunidad el Santo Rosario. El ejercicio de la buena muerte lo hacía y cuidaba de que todos lo hiciesen el primer sábado del mes.

San Remo era entonces, como de mucho tiempo atrás, el punto de reunión de los enfermos de pecho de las familias acomodadas, cuyos medios les permiten abandonar sus casas para ir en busca de climas suaves y benignos durante la estación invernal. Con este motivo, la ciudad se ha embellecido con suntuosas fincas y magníficos jardines. Las calles y plazas están llenas de palmeras, de frondosos naranjos y limoneros, que esparcen un perfume delicioso. Hay también grandiosas tiendas y amenos paseos en la ribera, teatros y salones de concierto en donde se da toda clase de espectáculos para atraer á los transeuntes y divertir á los enfermos residentes. A pesar de todas estas bellezas que excitan la curiosidad hasta de los más despreocupados ó indiferentes, Don Camilo no había tenido ni por un momento la idea de ir á conocer la ciudad,

sino que permanecía encerrado en la casa, dedicado exclusivamente á sus operaciones. Y cuando salía, que era para ir á confesarse ó á procurar alguna cosa necesaria á Don Augusto, jamás se cuidaba de mirar á un lado ú otro, sino que andaba su camino siempre absorbido en sus meditaciones é indiferente á las cosas de este mundo.

CAPÍTULO XI

Mansedumbre y franqueza. — Devoción á Maria Auxiliadora. — En Saboya

De simple Novicio, había pasado casi de repente á ser Director, y así se había ofrecido la oportunidad de manifestarse tal cual era. El solía decir que había tenido siempre mal genio, y carácter altanero: pero nadie podía creerlo, porque era precisamente lo contrario. Era indudablemente vivo de carácter, pero su virtud y su educación nunca habían permitido que esa cualidad se convirtiese en un defecto. Una vez el Coadjutor cometió la torpeza de romper un espejo de valor y no se atrevía á reponerlo, por

temor de una reprensión. Poco después del suceso entró en la pieza Don Camilo y notando el accidente, preguntó quién había sido su autor. El pobre Coadjutor casi temblando, se presentó á referirle como había pasado la cosa. En el primer momento, Don Camilo parecía un poco enojado, pero reprimiéndose dijo al Coadjutor después de una pequeña pausa: «Puesto que lo *hemos* roto, fuerza será pagarlo al propietario.»

Otra vez notando que un chiquillo de la casa contigua, de la que los separaba únicamente una tapia, se entretenía en tirar piedras á nuestro jardín y rompió con una de ellas el cristal de una ventana, Don Camilo sin impacientarse, se asomó por encima de la tapia y dijo suavemente al niño: «No tires así los piedras, hijo mío, porque tal vez podrías romper otro vidrio.» Hubo quien le aconsejó se quejase al padre para que pagase el vidrio y castigase al niño, pero él se opuso á ello diciendo que el chiquillo no lo había hecho intencionalmente y que además ya había sido corregido.

Fuera de ser por naturaleza muy suave de maneras y de que había hecho estudio especial por no dejarse nunca dominar por la impaciencia, era sin embar-

go muy serio y exacto en el cumplimiento de su deber y en hacerlo cumplir á los demás; así es que cuando algún inferior solicitaba algo que no le parecía conforme con la regla, no vacilaba en rehusarlo por más que le doliese proceder así, y que aun en ocasiones hasta llegase á pedir perdón por su falta de caridad. Tanta humildad confundía al inferior y le obligaba á confesar que la negativa estaba perfectamente justificada y era digna más bien de gratitud que de enojo.

Una vez que uno de los inferiores había cometido una falta que no dejaba de revestir alguna gravedad, Don Camilo se apresuró á darle una justa reprobación y á amonestarle en terminos severos, para que no se repitiera el acto; pero de repente, le vino la duda de si no se habría excedido un tanto en la corrección y abusado de su autoridad; se acercó entonces al compañero y estrechándole la mano, le dijo: «Si me he excedido, perdóneme y ruegue á Dios por mí.» «Querido Don Camilo, contestó el otro, he merecido la reprobación, y se la agradezco; no tenga, pues, ninguna pena.»

Tenía una especial predilección por la Virgen María, y en los pocos años que permaneció con nosotros, no faltó

nunca á la fiesta de María Auxiliadora, el 24 de Mayo. Mientras vivió en Val-sálice la cosa no ofrecía dificultad, pero lejos era muy diferente. Sin embargo, venciendo siempre los obstáculos que se le presentaban, pedía permiso para hacer esta piadosa peregrinación. En la época en que acompañaba á Don Augusto, no quiso alejarse sino después de proveerlo todo, á fin de que nada faltase durante su ausencia. La caridad de que estaba poseída su alma era extraordinaria y sin límites.

Durante la fiesta de María Auxiliadora, una vez terminadas sus devociones acostumbradas en ese día, se encerraba en un confesionario para seguir desde allí sin ser distraído, ni interrumpido, todas las ceremonias, oír el sermón sin perder una palabra, y elevar su corazón á Dios y á su Santísima Madre con las notas de música sagrada, especial de ese día, de gran regocijo para los Salesianos.

En 1892 los Superiores dispusieron que pasase á Aix-les-Baines á arrendar una casa de campo para que fuese él á ocuparla en compañía de Don Augusto. En esta misión, en apariencia tan sencilla, se dió á conocer como hombre de negocios competente y sagaz; por un precio

muy módico obtuvo en arrendamiento una propiedad bastante cómoda, en la que el enfermo tenía á la vez el beneficio del buen aire y de los baños. Durante su permanencia en aquella especie de paraíso terrenal, que es Aix-les-Bains, mientras procuraba el goce de los demás, él continuaba dedicado exclusivamente á sus ocupaciones.

El Doctor Molinari, nuestro médico y hermano del Canónigo, nuestro ilustre profesor de Teología, excelente padre de familia y cristiano á la antigua, no cesaba de expresar su admiración por sus virtudes y consagración al trabajo.

Desde la finca se divisaba la bellísima ciudad de Aix y el espléndido y renombrado lago de Bourget, con su histórica abadía de Haute Combe, en donde duermen el sueño eterno los primeros duques de Saboya, sin que el menor ruido venga jamás á turbar el silencio del lugar. El doctor Molinari conocía bien la historia de los duques de Saboya y se complacía en hablar de alguno de esos personajes, cuando en compañía de Don Camilo salía á respirar la pura y embalsamada brisa de los campos, especialmente á la hora del recreo de la tarde. Don Camilo provocaba con disimulo al buen Doctor á

hablar de este ó aquel príncipe, esforzado en la guerra y ferviente cristiano, y entonces se entablaba entre los dos una discusión en materia de historia en que salían á relucir la inteligencia y conocimientos de entrambos, ejercicio entretenido y útil para la instrucción de nuestros compañeros, que seguían con el mayor interés la discusión.

Este sistema fué puesto en práctica con muy buen éxito por Don Bosco para la instrucción de los jóvenes, y así cuando iba á dar misiones á algún lugar por insignificante que fuese, procuraba siempre informarse de su historia y en particular de los acontecimientos más notables que en él habían ocurrido. Si había algún monumento antiguo ó ruinas, hacía materias de investigación su historia ó leyenda, para que le sirviese de tema de esas conferencias familiares tan agradables como instructivas á la juventud, é insensiblemente iba instruyendo á los Novicios en multitud de cosas, sin darles ningún trabajo, sino más bien proporcionándoles una distracción que unía lo agradable á lo útil.

En una de esas discusiones entre Don Camilo y el Dr. Molinari se tocó la cuestión de la separación de la Saboya del

Piamonte y de su anexión á la Francia, con la que el Doctor, como patriota, no podía conformarse. Después de hablar por largo rato sobre el particular el Doctor recitó con tristeza la siguiente estrofa:

Dal dì che ai figli della Savoia
Diedi piangendo l' último addio
Non è più gioia, non è più gioia
Entro il cor mio.

« Desde el día que á los hijos de la Saboya dí el último adiós, no ha habido más alegría en el corazón mío. »

CAPÍTULO XII

Su amor al retiro.—Sus obras

Durante la permanencia en Aix, Don Camilo, como ya hemos dicho, no descuidó jamás sus ocupaciones por excursiones ó paseos, á pesar de lo muy tentadoras que son la variedad y belleza de los paisajes de aquellos encantadores lugares. Sólo un día, y eso á vivas instancias de Don Augusto, se resolvió á ir á Annecy á visitar la tumba de San Francisco de Sales, pero jamás consiguieron

que saliese á pasearse á pie ó en coche por las magníficas alamedas y jardines públicos, cuyas bellezas parecen realizar las de los Campos Elíseos imaginados por los poetas, ni ir á los baños, ni á los conciertos, y ni siquiera á ver los fuegos artificiales que con singular magnificencia se daban allí una vez por semana.

Mientras permaneció en el mundo, solía leer los diarios y enterarse de las noticias; después, todo le era indiferente y sus pensamientos parecían concentrarse en una sola idea, la de la vida futura, y si alguna vez se informaba de alguna noticia del día, era sólo por un instante y para volver luego con el pensamiento á las cosas eternas, únicas que le preocupaban. En la mesa y durante los recreos encontraba siempre oportunidad para decir algo útil ó edificante, y en sus palabras y movimientos, se comprendía que su pensamiento estaba fijo en el Cielo. Su modestia era extraordinaria y no menos notable su templanza. Su sumisión á los reglamentos de la Sociedad y su fiel observancia de ellos, á pesar de su edad, de sus hábitos y de la posición que había ocupado en el mundo, en fin, todo hacía del virtuoso Sacerdote el tipo del Salesiano, tal como Don Bosco lo ha-

bía soñado. Su bondad era inagotable, aun cuando llegase á imponerle verdaderos sacrificios. Viajando una vez en tren, tomó asiento en un compartimiento donde no se podía fumar, que él prefería no sólo porque el humo del cigarro le era desagradable sino también porque le hacía muchísimo daño, pero poco después entraron dos oficiales del ejército, quienes, al notar la presencia de un Sacerdote, arrojaron sus cigarros; mas pensando Don Camilo que aquellos señores se imponían un sacrificio por su causa, les instó á que continuasen fumando, no obstante el mal efecto que sin duda iba á causarle su condescendencia.

A pesar del tiempo que le ocupaban sus asiduos cuidados con Don Augusto, Don Camilo atendía con su acostumbrada exactitud á la redacción del *Boletín Salesiano*, sin que éste sufriese jamás el menor atraso, de suerte que cualquiera habría podido pensar que él no tenía ninguna otra cosa que hacer. Su estilo era puro y su lenguaje correcto, sin pretensión; y de ello ha dejado muestras en las diferentes obras, todas de grande utilidad, que publicó, tales como: *El Catecismo en ejemplos*, *Manual del Cristiano*, *Manual de la primera Comunión*, *Al*

Cielo por María, La Virgen de Don Bosco. Su último trabajo fué el *Diccionario de locuciones viciosas*, obra sumamente útil, que revela su gran consagración al estudio de su lengua nativa. Esta obra ha merecido grandes elogios de la Academia Literaria de Barcelona y valió al autor que el distinguido escritor colombiano, Don Rufino J. Cuervo, una de las mayores autoridades respecto de la lengua española hoy día, le escribiera una carta que termina así: «Nadie aguarda con más ansiedad el trabajo que usted trae entre manos, porque nadie sacará mayor provecho de él.

»Soy de corazón su estimador.»

Todos estos libros han tenido varias ediciones y aun tendrán muchas más, vista su incontestable utilidad.

La tercera edición del *Manual de la primera Comunión*, dedicada á la memoria de Don Bosco, contiene muchos pensamientos y varios consejos de este buen Padre á la juventud.

Al cielo por María, es un libro que respira acendradísima devoción á la Santísima Madre de Dios, y quien lo lee no puede menos de sentirse animado por el amor que su autor nos revela en cada página, en cada palabra de su libro.

En la publicación mensual que bajo el título de *Lecturas Católicas*, ve la luz en Buenos Aires han aparecido frecuentemente artículos de Don Camilo Ortúzar, bajo el pseudónimo de *Domingo Abeja*, con que el autor modestamente se ocultaba. Estos artículos sencillos y sin pretensión literaria, están escritos con notable corrección de lenguaje y una elevación de ideas y de sentimientos que revelan bien á las claras los de que su autor estaba poseído y que tanto le distinguieron.

CAPÍTULO XIII

La obediencia es lo mejor. — Amor á la oración

Don Augusto Ozartoryski murió en Alassio el 8 de Abril de 1893 y considerando Don Camilo que debía regresar cuanto antes á Turín, á pesar del mal estado de su salud, á ponerse á las órdenes de sus Superiores, así lo hizo tan pronto como terminaron los funerales del generoso Príncipe.

A su llegada á Turín uno de los Supe-

riores notando su aspecto enfermizo, le preguntó:

—Mi querido Don Camilo, ¿cómo está?

—Bien, Señor, le contestó.

—¿No cree usted que el aire del mar le haría provecho?

—Ciertamente, si mis Superiores me lo ordenasen. Siempre se está bien donde le lleva á uno la obediencia.

Sin embargo, como nunca se quejaba de nada y continuaba trabajando con la misma asiduidad y esmero que antes de enfermarse, ni se preocupaba en lo menor de su salud, los días se pasaban sin que se tomase ninguna determinación definitiva acerca de su viaje; al contrario, á sus ocupaciones ordinarias se había agregado la clase de Historia Sagrada á los Acólitos, poniendo en ella el mismo empeño que en todo lo que él consideraba de su deber ó en que podía hacer algún bien á la Comunidad en particular ó á sus semejantes en general.

Pero su estado continuó empeorando, hasta el punto de hacer temer por su vida, si bien él no parecía preocuparse en lo más mínimo de su situación cada día más crítica, pues embebido en el pensamiento de la vida eterna, los males materiales eran para nuestro querido her-

mano enteramente secundarios y de ninguna importancia y más bien le servían de ocasión para hablar de Dios y del Paraíso y de la dicha de pertenecer á una Comunidad religiosa, que le permitía estar alejado del mundo en aquellas circunstancias.

Extraordinariamente severo consigo mismo, se acusaba constantemente delante de todos del pecado de orgullo, él que era la humildad personificada; y se le hacía un pecado enorme el haber dicho á uno de los compañeros al terminar su libro titulado, *Al cielo por María*, con esa fe, capaz de mover las montañas é indudablemente sin el menor espíritu de presunción, pero previendo su fin cercano, «que esperaba que al presentarse ante el Tribunal Supremo llevando en una mano el *Catecismo en ejemplos* y *Al cielo por María*, sus jueces serían indulgentes con sus faltas y que nada tendría que temer.» Pero el buen Sacerdote se olvidaba sin duda de que está escrito: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*; y fué necesario recordárselo, para tranquilizarle.

—Sí, sí, dijo entonces, yo no quise decir que había en mí gran mérito para obtener la bienaventuranza por esos li-

bros solamente, sino más bien por haber dicho al mundo: ¿Queréis ir al Cielo? sed, devotos de María. El único mérito que pudiera pretender, sería el de que mi amor á María me había inspirado esta obra y que ella me dió la fuerza necesaria para ejecutarla. Esta reflexión le devolvió la tranquilidad de espíritu.

No obstante los progresos del mal, Don Camilo no se daba un instante de reposo. Desde su lecho de dolor, entre accesos de tos y punzadas en los pulmones, redactaba el *Boletín Salesiano*, en español. El mártir del trabajo, quería morir en su elemento, es decir, con la pluma en la mano.

Tampoco le impedían los más atroces sufrimientos celebrar el Santo Sacrificio de la Misa y sólo cuando le era imposible, dejaba de hacerlo, y entonces rogaba al Sacerdote de la Enfermería que le diese la Santa Comunión. Sus dolores debían ser crueles para que no pudiese dominarlos y se privase de decir Misa, pues aunque soportaba con entereza y resignación los males físicos, más no podía conformarse á no celebrar el Santo Sacrificio. «La Misa, decía, tiene un valor inapreciable y nadie puede medir ni calcular la extensión de los beneficios que

ella produce en la Iglesia purgante y militante. Cualquier molestia ó fatiga que se soporte para celebrarla obtiene con usura su recompensa.»

Una nueva privación vino á aumentar la confusión de su ya atormentado y turbado espíritu. El hombre de Dios, el hombre de la oración, como se le llamaba en Valsálice, no podía orar. Si ensayaba hacerlo en alta voz, ésta le faltaba, y si lo pretendía mentalmente, su imaginación vagaba por los aires, como nave sin timón ni velamen. Viendo la triste inutilidad de sus esfuerzos, dijo un día al Hermano Asistente:—¿Querrías en vez de ir á la Capilla á hacer tus ejercicios de piedad, venir aquí, cerca de mi cama, á decir tus oraciones? Leerás en alta voz y yo con la mente y con el corazón seguiré tus palabras. De otro modo yo ya no podré rezar... y al decir estas palabras, rompió á llorar.....

—¿Y por qué llora usted así, Don Camilo?

—¿No ves que no puedo ni siquiera encomendarme á Dios?

Era un alivio en sus dolores y una manera de librarle de la melancolía la numerosa correspondencia de nuestros Misioneros, que leía lleno de santo entusiasmo

y admiración, y con frecuencia se le veía besar las cartas con lágrimas en los ojos.

—¿Qué piensa, querido Don Camilo? ¿le complace la lectura de estas cartas?

—¡Y tanto! ¡Viniendo de nuestros Misioneros, son para mí como si viniesen del Paraíso! ¡Hay que rogar mucho por ellos, á fin de que obtengan el premio de sus trabajos, la santidad! Todas sus palabras son para mí un nuevo estímulo para trabajar en la viña del Señor; ya que no puedo predicar, que á lo menos propague en la medida de mis fuerzas, sus santas empresas.

A pesar de sentir un cariño especial hacia Chile, en donde había nacido y donde tanto había trabajado, y deseaba trabajar todavía más, no se había atrevido, por exceso de humildad, á pedir á los Superiores lo designasen para aquellas Misiones.

Una vez que se trató en el Capítulo, de la fundación de una nueva casa en aquella República, Don Camilo fué llamado para expresar su opinión y le dijeron:

—¿Qué piensa usted, Don Camilo, de este proyecto? ¿usted desearía que se abriese esa casa, no es verdad?

Él se quedó pensativo largo rato y contestó con calma:

—Dios sabe cuánto amo yo á Chile, mi patria, cuánto deseo su bien, y lo feliz que me haría ver multiplicados nuestros establecimientos en quel país, persuadido de los beneficios que ellos le darían; pero de ninguna manera deseo hacer prevalecer una opinión, hija del interés que siente mi corazón por el bien de mi patria y que acaso podría dominarlo hasta el punto de dar un consejo perjudicial. Saben mis Superiores, lo que pienso, pero también deben saber que tengo la más profunda convicción de que nuestros Superiores inspirados por el espíritu de Don Bosco, decidirán siempre lo mejor y más conveniente.

Hasta en lo más mínimo se revelaba su desprendimiento de todo lo terrenal.

CAPÍTULO XIV

Para morir en la brecha

A pesar del estado de gravedad en que se encontraba y de que todos sus pensamientos estaban concentrados en la vida futura, Don Camilo seguía ocupándose con tesón en la preparación del material

para el *Boletín Salesiano*, en español, cuya redacción estaba á su cargo. Los compañeros, que veían extinguirse rápidamente su preciosa existencia, á causa del excesivo trabajo que se imponía, le observaban que debería dejar esas funciones á otros, cuya salud les permitiese cumplirlas, y le rogaban no se fatigase tanto, pero él invariablemente contestaba:

—No, porque éste es mi deber, y, deseo dejarlo todo de manera que no se produzca después de mi muerte ninguna confusión. Hay material para cinco ó seis *Boletines*, sin contar los avisos que deben publicarse todos los meses; de suerte que poniéndolo en orden desde ahora, podré morir tranquilo, sin nada que me preocupe en mis últimos momentos.

Los sufrimientos físicos no eran para esta alma privilegiada un obstáculo para el cumplimiento de su deber, ni siquiera para dejar de hacer lo que pudiese redundar en provecho de sus semejantes.

Entre las cosas que estaba empeñado en terminar, era una edición del *Quijote*, expurgada de todo lo que fuese inconveniente para la juventud. Nuestros Hermanos de España tenían especial empeño en que se terminara esta obra y le rogaban con instancia que no la abandonase; y él,

en su anhelo de servir y complacer á todos, seguía trabajando con tesón, lo que, en el estado en que se encontraba, tenía que dar por resultado, que el mal hiciese todavía más rápidos progresos. En este estado le acometió el escrúpulo, tan natural en un espíritu justo y recto como el suyo, de que si por un mal entendido y exagerado celo, no habría precipitado el desenlace de su enfermedad, lo que en su sentir constituía una falta en que no debió haber nunca incurrido. Esta susceptibilidad de su espíritu, fácilmente explicable por el mismo estado de debilidad en que se encontraba, le causaba penosa mortificación, y estando abrumado por ella se presentó un día el Superior á visitarle.

—Y bien, mi buen Don Camilo, ¿cómo se siente?

—Físicamente, bien, contestó; pero tengo un remordimiento que me oprime el corazón é intranquiliza mi espíritu.

—¿Cómo! ¿su espíritu? ¿El hombre apacible por excelencia, hasta el punto de maravillarnos á todos? ¿Intranquilo, precisamente cuando debería estar cantando *Jam hiems transiit*? ¿Cuáles pueden ser sus motivos de inquietud? ¿puede usted decírmelos?

—Es que de ayer acá, me ha asaltado la duda de que debido á mi mal sistema de trabajar ó á mi falta de prudencia, tal vez he sido yo mismo causa de mi mal. Verdaderamente, confieso que de dos ó tres meses á esta parte.....

—No necesita usted agregar una palabra, le dijo el Superior interrumpiéndole. Comprendo sus escrúpulos, pero éstos deben desaparecer ante la reflexión de que si bien es cierto que la virtud reside en todas las cosas en el punto medio, *nequid nimis*, nuestra naturaleza es tan imperfecta, que su tendencia es siempre irse á los extremos, inclinándose naturalmente al peor de los dos, es decir, al ocio y al placer; de suerte que, como en el caso de usted el exceso ha estado del lado bueno, Dios sabrá perdonarlo, si con ello ha pasado usted el límite que la prudencia debió aconsejarle guardar. Además, nada tema usted, pues Don Bosco sabrá defenderle, como defenderá á todos nuestros Hermanos que mueran en el puesto del deber como valerosos soldados de Jesucristo y buenos hijos suyos. ¿Sabe usted lo que se dice de la ínclita Compañía de Jesús? Que no es buen Jesuíta todo aquel que por el trabajo no anticipa diez años por lo menos su muerte.

Don Camilo escuchaba con gran complacencia estas palabras, que iban poco á poco quitándole de encima un gran peso á su atribulado corazón, y ya más consolado, preguntó al Superior:—¿De suerte que no debo abrigar ningún temor, ni tener ningún escrúpulo?

—Absolutamente ninguno; antes bien debe usted dar al Señor las más fervientes gracias, por haberle permitido trabajar tanto durante su vida.

—Sí, sí, agregó él entonces: *Deo gratias* y también á usted que ha venido á dar valor y quietud á mi espíritu atribulado.

En aquellos últimos días quiso el Señor probar todavía de distinta manera la paciencia de nuestro paciente y querido Don Camilo.

Una noche antes de acostarse, pidió al Enfermero un poco de pepsina para facilitar la digestión, y no teniendo éste á mano una luz, buscó á tientas la medicina y en su lugar tomó por error un frasco de esencia de trementina. Él lo bebió confiadamente sin la más ligera sospecha de semejante equivocación, pero no bien hubo tomado la poción, empezó á sentir sus efectos, pasando toda la noche con el estómago trastornado, con náuseas y vómitos. Cuando el Enfermero tuvo noti-

cia de su tan lamentable error, era ya tarde para remediarlo, y lleno de la más amarga pena, se deshacía en humildes súplicas de que le perdonase.— ¡Oh! ¡qué estúpido soy! ¡Por un tris le causo la muerte! ¿me perdona usted?

—Sí, sí, te perdono de corazón, le decía el buen Sacerdote, tranquilízate. Todo sucede para nuestro mayor bien. Fué el Señor quien lo permitió, para nuestra propia confusión. Además de que esta ha sido para mí una lección de gran importancia. El demonio me había puesto en la cabeza que me moría á consecuencia del exceso de trabajo, mientras yo debía estar dando gracias á Dios, porque me acercaba á la tumba. Ahora el Señor me ha hecho palpar que la vida y la muerte están únicamente en sus manos y en prueba de ello habría podido hacerme sucumbir tan pequeña equivocación. Y pensándolo bien, ¿quién dice que mi estómago no tenía especial necesidad de la substancia que ha absorbido? ¿quién sabe si este mismo trastorno no sirve para producirme alguna mejoría?

CAPÍTULO XV

Paz del justo. — Recuerdo de la madre

¡Qué hermosos son en la tierra los últimos días de un alma santa! Parecía que los oídos de nuestro querido Hermano habían empezado á percibir el eco de la eterna melodía; que su mirada empezaba á contemplar el reflejo de inmortales esplendores y que su corazón estaba anticipadamente gozando de las misteriosas delicias desconocidas de los pobres mortales.

Hablaba del Paraíso y de su próxima partida de este mundo, como el peregrino que ha hecho su pequeño lío para emprender la última jornada y se prepara á llegar á su lugar. Parecía impaciente de encontrarse en su apetecida mansión celestial.

Un día que estuvo á visitarle uno de los Hermanos, enfermo desde hacía largo tiempo, y que según todas las apariencias debió haber muerto antes que Don Augusto, después de hablar sobre asuntos espirituales, le dijo Don Camilo; «Mire usted, ¡cuán erróneos son, por lo general,

los juicios de los hombres y hasta que punto están la vida y la muerte en las manos del Señor! Hace cuatro años que usted, ya enfermo, fué á unirse con nosotros en San Remo, y yo entonces en perfecta salud todavía, preguntaba frecuentemente al médico, cuál de los dos, usted ó el príncipe, sucumbiría primero. El doctor reputado como buen facultativo no vaciló nunca en asegurar que usted moriría mucho antes y que el príncipe podría sobrevivirle largo tiempo. ¿Y qué es lo que ha sucedido? Todo lo contrario. El pobre Don Augusto murió hace año y medio; yo estoy próximo á seguirlo y usted vive todavía y vivirá quién sabe cuánto tiempo.» Y esto le sirvió de tema para multitud de sabias y elocuentes reflexiones sobre la adorable voluntad de Dios y acerca de la resignación y la sumisión de los cristianos á ella. Es así como aquí en la tierra las penas son no sólo soportables, sino que siendo el medio de acercarse á El, se hacen dulces al alma verdaderamente cristiana.

Por consejo del médico, Don Camilo fué primeramente á Alassio y después á Mathi, regresando poco más tarde á Valsálice, no sin dejar en todas partes las más gratas impresiones é inspirar á cada

cual el mayor interés, lo que le hacía frecuentemente exclamar; *Domini est terra*. ¡Hallo al Señor en todas partes! Siempre que llegábamos á alguna de nuestras casas y se veía rodeado de cariño y de atenciones, se dirigía siempre enternecido al Superior diciéndole: «Gracias por su inagotable caridad para conmigo. Espero que pronto tendré la dicha de encontrarme junto á Don Bosco, y entonces le diré que sus hijos han sabido seguir sus huellas.»

Después de probar varios climas se decidió finalmente que siguiese á Niza, en donde el aire del mar lo había mejorado antes. Al recibir la orden de partir,—En Valsálice, dijo, más cerca de Don Bosco, me parece que emprendería con más gusto el viaje para la eternidad, pero mejor es ir á donde Dios nos llama.

—Si usted desea quedarse aquí, en Turín, dígaselo á Don Rúa, y será inmediatamente complacido.

—¡Vamos, vamos! A Niza me llama ahora el Señor, contestó.

Acompañado de un Hermano, salió nuestro querido Salesiano en el otoño de 1894 en dirección á Niza, despidiéndose por la última vez de aquellos lugares en donde tan gratos recuerdos dejaba entre sus compañeros de labor.

Más tarde, tuvimos ocasión de verle en Niza, cuando por lo avanzado de la terrible enfermedad que le consumía, su fisonomía, de pálida se había trocado en blanca como la nieve, pero siempre dulce y resignada. Jamás un lamento ni una queja se desprendían de sus labios y su respuesta invariable cuando se le preguntaba cómo se sentía, era:

—Bien, gracias á Dios. ¿Y usted, está bueno?

Todos á una voz le decíamos siempre: —Querido Don Camilo, no puede usted imaginarse cuánto y cuán de verás pedimos á Dios que le devuelva la salud.

—Sí, lo sé. Conozco su inagotable caridad para conmigo, tanto más meritoria cuanto menos he hecho yo para ser el objeto de ella. ¿Cómo podré pagarles? Si tengo la dicha de encontrarme en la otra vida con Don Bosco, le pediré que les reserve un lugar en el Paraíso. Pidan al Señor que sea pronto.

Antes de ir á Niza, de donde ya no debía volver, fué á la capilla de la Piedad á orar en la tumba de Don Bosco. Allí permaneció largo rato como en éxtasis, y cuando terminó su meditación, se fué á tomar el tren, acompañado del cariño y de las oraciones de todos los compa-

ñeros, por quienes era tan cordialmente amado.

Aunque persuadido de su cercano fin, quiso llevar consigo todos los manuscritos que podían servirle para continuar y, si era posible, terminar el trabajo que se le había encomendado. Parecía que nuestro Hermano estaba atacado de una nueva enfermedad; la del trabajo.

Una vez instalado en Niza, quiso el Señor purificar todavía el alma ya santificada del buen Sacerdote por sus sufrimientos físicos y morales que ya hemos relatado.

Hacía mucho tiempo que Don Camilo no veía á su madre. La digna señora, que vivía en Francia, había manifestado el deseo muy natural de ver á su querido hijo, sabiendo que su salud estaba muy quebrantada, aunque ignorando el estado de gravedad en que se encontraba; pues Don Camilo presintiendo lo mucho que ella había de sufrir al tener conocimiento de su verdadera situación, había ido dejando de un día para otro el comunicarle tan triste noticia. Es fácil, pues, concebir la cruel alternativa en que se encontraba, de privarse del dulce consuelo de estrecharla entre sus brazos antes de morir, si no le hacía saber su estado de gravedad,

ó de tener ese consuelo, pero á costa de la terrible impresión que había de causar á su buena madre la vista de su hijo demacrado y desfigurado por la enfermedad. Estas reflexiones torturaban cruelmente su sensible corazón y no le daban un instante de reposo. Al mismo tiempo, el Hermano enfermero, que vivía inquieto al ver los rápidos progresos del mal, y preveía su cercano desenlace, no podía avenirse á que por su culpa continuase así la familia en una relativa ignorancia del verdadero estado de su querido deudo, viendo en ello hasta comprometida la responsabilidad de los Superiores por aparente negligencia ú ocultación de la verdad; así pues, redobló sus instancias á Don Camilo para que escribiese á su mamá ó á su hermana, que á nombre de la primera pedía constantemente noticias, ó le permitiese á él hacerlo. Al fin las reflexiones del Enfermero hallaron eco en el ánimo de Don Camilo y creyéndose capaz de escribir, pidió, al fin, pluma y papel. Largo rato permaneció con la cabeza entre las manos sumido en profunda meditación, como buscando el principio de tan difícil como dolorosa misiva, hasta que persuadido de que su cerebro debilitado por la cruel enfermedad se ne-

gaba á ayudarle, prorrumpió en llanto, y sollozando dijo al Hermano:

—¡Es inútil, mi cabeza no sirve ya para nada! ¿qué hacer, Dios mío?

Más tarde desahogado su pecho por el llanto, y algo más calmado, logró escribir unas carillas, exhortando á su querida madre á la resignación por la muerte de un yerno suyo muy querido y estimado por ella y por toda la familia, y pidiéndole que pusiese á los pies del Señor todos sus sufrimientos, como el único medio de conseguir paz y consuelo en esta vida de dolores.

«Madre mía, decía la carta, tal vez no puedas entender estas palabras, que riego, y borro con mis lágrimas. Armémonos de valor y consolémonos pensando en aquella patria en donde no tendremos nunca para que separarnos; mientras tanto, bendice á tu hijo y ruega por él, que jamás te olvida en el Santo Sacrificio de la Misa.»

Después de escrita esta carta, la pasó al Hermano Enfermero para que se la leyese, no siéndole posible á él hacerlo. El Hermano entonces le dijo:

—Pero, querido Don Camilo, aquí no habla usted de su enfermedad y me parece que no sería prudente continuar callándola.

— No me siento con valor.

— Sin embargo, no conviene dejar á la buena Señora en la ignorancia.

— Por ahora no le hace; más tarde veremos. ¡Cuánto tendrá que sufrir su pobre corazón! ¡Oh, la conozco bien y sé cuán amante es de sus hijos!

Con todo, fué necesario contestar á su hermana, que con instancias pedía en nombre de su madre que la informasen de la verdadera condición de la enfermedad. Cuando el buen Don Camilo supo que habían escrito, cediendo á la emoción que le causaba la sola idea de los sufrimientos de su madre, prorrumpió en copioso llanto; y como pareciese que las palabras del Enfermero no bastaban para consolarle, llamaron al Superior; pero él comprendiendo que había cedido demasiado al dolor y reaccionando por la fuerza de su voluntad, pidió humildemente perdón á todos por el triste espectáculo que les había dado, diciendo:—¡Pobre de mí! ¡Qué buen ejemplo de resignación á los decretos del Señor! ¡Gracias, gracias á todos ustedes que han sabido compadecerme!

CAPÍTULO XVI

Deseos del Paraiso. — «Sordet tellus»

Su santa muerte

No pudiendo ya celebrar la Santa Misa, edificaba á todos la unción con que recibía la Sagrada Eucaristía y seguía la Misa que se decía en la enfermería. Durante el día trabajaba como podía escribiendo las publicaciones que preparaba, y pedía le leyesen algún punto de meditación, preparándose para el gran viaje á la eternidad.

Era la época de la Novena de la Inmaculada Virgen y él esperaba morir en su fiesta, como coronación de su obra, habiendo nacido para Dios en tal día haciendo la profesión religiosa. Habiendo tenido conocimiento de la muerte del Padre Cagnoli, Párroco del Santuario del Sagrado Corazón en Roma, exclamó: « ¡Me ha robado mi lugar! ¡Tal vez no merecía yo tanta gracia! ¡Hágase la voluntad del Señor! ¡Si él quiere llevarme, muy bien! ¡Si quiere que aun permanezca en la tierra y continúe sufriendo,

sea como Él lo dispone! ¡pero quiera Él que mi Purgatorio sea corto!

—¿Y teme usted todavía ir al Purgatorio? le preguntó un día su Enfermero.

—¡Por supuesto que lo temo!

—Y sin embargo usted se ha entregado en cuerpo y alma al Señor. Ahora el Señor está purificándole con el sufrimiento ¿y quiere usted que todavía le haga pasar por el Purgatorio en la otra vida?

Levantando entoncés los brazos al cielo exclamó: «Sí, sí, es cierto. Dios Nuestro Señor es muy bondadoso. ¡Cuántos consuelos me procura en esta enfermedad! ¡La verdad; es un gran consuelo para mí! Y es ella únicamente la que prevalece: *véritas Dómini manet in æternum.*»

Un momento después, exclamaba: «La Santísima Virgen ha satisfecho con usura mis deseos. He escrito en honra suya, he trabajado por ella, para no tener que temer mi última hora. Venga ahora la muerte, pues no la temo. ¿Y por qué había de temerla si me trae todos los bienes y me libra de todos los males.?»

Los que estábamos al rededor de su lecho y oíamos pronunciar estas palabras con este énfasis de un Santo, no cesábamos de llorar, viéndole á él con los ojos bañados en lágrimas. Si queríamos obtener

Sr. Admor. de la Librería Salesiana de Sarriá

Apartado n.º 175 - Barcelona

Sírvase mandar á D.

residente en calle
de n.º Provincia
de los ejemplares indi-
cados en su respectivo lugar.

Adjunto la cantidad de ptas. cts.
en (1)

Firma

Libros propios para Junio

TÍTULOS	(2) Ejem- plares	(3)	
		Rúst. ^a Ptas.	Enc. Ptas.
Mes del Sagr. Corazón de Jesús		0'70	1'00
El Jardín de los Escogidos		1'00	1'25
El Amante del Divino Corazón.		0'75	1'00
Práctica de los nueve oficios en ho- nor al Sagrado Corazón de Jesús		0'25	0'50
Novena al Sagrado Corazón		0'10	
La Divinidad de Jesucristo		0'50	0'75
El Sagr. Cor. de Jesús, devocionario.			3'00
La Sagrada Comunión			1'50

(1) Exprésese si es en libranza del G. M., ó en sellos de franqueo ordinario: en este último caso se deberá certificar la carta.

(2) En esta columna se indicará el número de ejemplares que de cada obrita se deseen.

(3) Si se quieren en rústica, táchese con una rayita (—) el precio de la otra columna, y viceversa.

PROSPECTO

DE LA PUBLICACIÓN

DE LAS LECTURAS CATÓLICAS

1.º El fin de esta publicación es difundir libros sanos, de carácter instructivo, de amenidad ó de historia, basados siempre en las enseñanzas de nuestra santa religión.

2.º Cada mes saldrá un elegante volumen de 100 á 120 páginas aproximadamente. Cada año, con el número de Diciembre, los Señores Suscriptores recibirán un ejemplar de *El Hombre de Bien* (Calendario ameno).

3.º PRECIOS DE SUSCRIPCION

Para España, un año: ptas. 2'50; atrasada 4'00.

Extranjero y Ultramar, un año: ptas. 3'50; atrasada 5'00.

Número suelto: ptas. 0'50.

4.º La suscripción empieza invariablemente en Enero ó en Julio.

5.º El pago de la misma se satisfará anticipadamente en libranza del Giro Mutuo, en letras de fácil cobro sobre Barcelona, ó en sellos de correo, certificando en este último caso la carta.

6.º PUNTOS DE SUSCRIPCION

TODAS LAS CASAS SALESIANAS Y LIBRERÍAS CATÓLICAS

Condiciones especiales para los Centros de suscripción

Con el objeto de proporcionar mayores ventajas á los Señores Suscriptores que nos presten su apoyo, constituyendo Centros de suscripción, establecemos las condiciones siguientes:

1.ª Por cada 10 ejemplares se dará uno más.

2.ª Suscribiéndose á 50 ejemplares, tendrán la suscripción á ptas. 2, para España; y á ptas. 3, para el Extranjero y Ultramar.

Sr. Admor. de la Librería Salesiana

Sarriá - Barcelona

Sírvase mandar á

D.

residente en calle

de n.º

Provincia de

los ejemplares indicados en su respectivo lugar.

Adjunto la cantidad de ptas.

..... cts. en (1)

Firma

Córtese la hojita, ó indíquese el número de ejemplares que se deseen.

(1) *Exprésese si es en libranza del G. M., ó en sellos de franqueo ordinario: en este último caso se deberá certificar la carta.*

LIBRERÍA SALESIANA

TÍTULOS	(1)	(2)	
	Ejem- plares	Rúst. ^a Plas.	Enc. Plas.
El Catecismo explicado con ejemplos.	-----		5'00
Manual de Elocuencia Sagrada	-----	1'50	2'00
Manual de Locuciones viciosas, etc	-----		6'00
Manual de la primera Comunión.	-----	1'00	1'50
El Catequista Instruído	-----	0'75	1'25
D. Quijote de la Mancha, (3 tomos).	-----	3'75	5'25
Divinas Marav. en las almas del Pur.	-----	0'75	1'25
Nuestros Misioneros de Quito	-----	1'50	2'00
Vida de Nuestro. Señor Jesucristo	-----	1'50	2'00
» » D. Bosco por C. D'Espiney	-----	2'00	2'50
Amenos y preciosos documentos.	-----	1'00	1'25
Vida de Margarita Bosco	-----	1'00	1'25
Vida de S. Pedro Príncipe de los Após.	-----	0'75	1'25
» » » Agustín.	-----	1'00	1'50
» » » Felipe Neri	-----	0'75	1'25
Ejercicios Espirituales	-----		3'00
Cristóbal Colón	-----	0'50	1'00
El Católico en el siglo.	-----		1'75
El Evangelista de Wittemberg (2 tom.)	-----	1'00	1'50
Al Cielo por María	-----	1'00	1'50
Juan ó sea Fe y Fidelidad	-----	0'75	1'25
Adrián ó el Corzo de Cabriés	-----	0'50	0'75
Abnegación de una hija.	-----	0'50	0'75
La Fuga de un Angel	-----	0'50	0'75
La Espada y la Cruz.	-----	0'50	0'75
El Padre Juan	-----	0'50	0'75
Valentina ó una digna hija de M. ^a -2 t.	-----	0'75	1'25
La Confesión de una Reina	-----	0'75	1'25
La Hija del Pescador (2 t.), cada uno.	-----	0'50	0'75
Una Cuestión Candente.	-----	0'50	0'75

(1) En esta columna se indicará el número de ejemplares que de cada obrita se deseen.

(2) Si se quieren en rústica, táchese con una rayita (—) el precio de la otra columna, y viceversa.

de él alguna respuesta, era necesario hablarle de Dios, ó de nuestra Congregación, y entonces contestaba alegre con un torrente de santos pensamientos y afectos.

—Cuando usted llegue al Cielo, ¿se acordará de nosotros? Salude á Don Bosco y dígale que en Niza todo habla de su caridad y de sus virtudes, y también que este mismo cuarto ha quedado santificado por él.

—¡Que día tan hermoso será ese para mí! ¡Dios se lo pague! ¡Cuán buenos han sido ustedes conmigo! ¡Don Bosco, Don Bosco, qué hermosa fiesta haremos! ¡Qué fortuna ha sido para mí haberle conocido y seguido sus consejos: Pan, trabajo, y Paraíso! *Te Deum laudamus.*

Hubiéramos querido continuar oyendo estos santos coloquios, si no temiéramos aumentarle los sufrimientos; y por esto le decíamos que estuviese tranquilo, porque cualquier emoción podra serle nociva.

—¿Nociva? preguntaba, quiere usted decir que de esa manera me anticipo la eternidad. ¡Animo! únanse conmigo para decir: *In dómum Dómini íbimus.* ¡Oh! sí, el Señor me aguarda. ¡Vedle aquí en

la cruz, que me extiende las manos! ¡Oh! dejadme que vaya.

Entonces parecía que quería levantarse y correr hacia allí donde el Señor le llamaba.

—Toda la casa ruega por usted pero con la condición de que una vez que haya llegado al Cielo, ruegue también por nosotros y por nuestros niños...

—Parece que lo dudan. Hagan que mi Purgatorio sea corto, y al llegar al Cielo, seré capaz de batallar con Don Bosco y con la Santísima Virgen hasta obtener todo lo que deseo. Digan á mis queridos amigos, á los jovencitos de la casa, que ruego para que sean perseverantes en el bien y para que todos vayamos á reunirnos en el Paraíso. *Misericordias Dómini in æternum Cantabo.* ¡Que hermosos cánticos, cuánto amor, cuánta ternura de parte del Señor!

Los Superiores se turnaban para acompañar y asistir al querido enfermo, y entre ellos hubo uno que le dijo: Querido Don Camilo, usted nos dice frecuentemente que rogará por nosotros en el Paraíso, pero no nos dice qué hemos de hacer para ir también á cantar en aquel reino de bienaventuranza.

El empezó á mirar fijamente al que le

había hecho la pregunta y después sorprendido, le dijo:

— ¡Y usted me lo pregunta? No había ninguna necesidad de ello. ¡No recuerde que Don Bosco en su lecho de muerte, hizo decir á los jovencitos: «Amad á la Virgen Santísima, frecuentad los Sacramentos y tendréis el Paraíso?» Recuerdo en este momento con placer, que Don Bosco me dijo una vez: «Con los Salesianos hay más trabajo, pero también el demonio trabaja menos.»

Con el deseo de conservar una vida tan preciosa para nosotros, los Superiores de la casa recomendaban que se rogase á Nuestra Señora para que nos concediese esa gracia, y todos á porfía rogaban porque permaneciese algún tiempo en la tierra todavía; ese empeño conmovía como una manifestación de la fe de los tiempos primitivos. Aquellos jóvenes no le habían visto casi nunca, y con todo, le profesaban un cariño especial. Por eso rezaban con mayor fervor, acudían al altar del Sagrado Corazón y hacían numerosas Comuniones. Un día el Director le pidió que se uniese con todos para solicitar esta gracia. — ¡Y qué! dijo él emocionado, ¿queréis hacer resucitar á un muerto?

—¿Y si el Señor quisiera que siga usted trabajando?

—¡Ah! Sí, tendría que conformarme con su santa voluntad; pero si se me deja la elección, prefiero el Paraíso. *Sordet tellus.*

Entretanto la enfermedad marchaba rápidamente y se veía que podría faltarnos de un momento á otro. Por eso el Director le dijo:—Ahora hemos pensado en el alma y continuaremos pensando en ella todavía; pero ¿no le parece bien que mandemos un parte á su familia en Francia y á los superiores de Turín?

—¡Dios sabe cuánto lo desearía! Respeto de mi madre, el sacrificio está ya hecho y espero que nos uniremos en el Paraíso para nunca más separarnos. ¿Telegrafiar á Turín? ¿Y con qué objeto? ¿merezco yo tanta molestia? Ellos seguramente vendrían, especialmente Don Rúa, pero no llegaría á tiempo y además, ¡tiene tanto que hacer, y hace tanto bien en donde está! Con tal que yo pueda cumplir la voluntad del Señor, lo demás ya nada vale para mí.

Al recibir la Extremaunción, acompañó al Sacerdote en todas las ceremonias. Al fin exclamó: «*Deo gratias.* Ahora, Se-

ñor, que todo ha terminado, dejadme venir á Vos. *Nunc dimittis!*»

Finalmente, el 8 de Enero de 1895 rodeado de sus compañeros de la casa de Niza, después de haber recibido una vez más la santa Comunión, dijo en voz alta, clara y distinta, de modo que todos los circunstantes oyeron, las siguientes palabras: *Bendigo el día en que por primera vez vi á Don Bosco... El día más hermoso de mi vida ha sido el de mi profesión religiosa, y ahora lo será el de mi muerte, porque libre mi espíritu de esta prisión, espera entrar en el Paraíso.* Y diciendo esto entregó su alma al Señor.

Había nacido el 15 de Julio de 1848 y murió el 8 de Enero de 1895.

Toda la casa de Niza quiso acompañarle á su última morada. El tiempo amenazaba lluvia, pero no bien hubo terminado la Misa de cuerpo presente cuando apareció radiante el sol, y por eso pensamos y á una voz dijimos todos: Habrá entrado ahora el buen Sacerdote al Cielo y todos los males que por tanto tiempo le atormentaron habrán terminado. Y verdaderamente además del mucho trabajo, tuvo mil sufrimientos de todo género. Mas él se resignaba recordando frecuentemente la palabras de Santa Teresa: O

padecer ó morir; ó estas otras aun más sublimes de Santa María Magdalena de Pazzi: Morir, no; sino vivir para sufrir. Así nos es grato repetir lo que ahora, ya feliz habitante del Paraíso, nos dice: que el tiempo pasa y si bien es verdad que él tuvo que trabajar y padecer en la escuela de Don Bosco, pero también ganó la gloria del Cielo.




ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
UNA EXPLICACIÓN NECESARIA.	III
CAPÍTULO PRIMERO.—Un consejo de Don Bosco.	
—Pan, trabajo y Paraíso.	7
CAPÍTULO II.— Quien era Don Camilo Ortúzar.	
— Su vocación.— Hechos de su juventud. . .	15
CAPÍTULO III.—Precioso documento sobre la vida de Don Camilo en su patria	21
I.—Estudios y carácter de Don Camilo. . .	23
II.—Sacrificio generoso	25
III.—Es nombrado Prefecto de los alumnos del Seminario.—Recibe las Sagradas Órdenes. .	37
IV.—Es nombrado Profesor.—Su celo por el culto de María	31
V.—Un viaje á Europa y Tierra Santa. . .	33
VI.—Su celo en el Seminario.—Fundación la «Semana Religiosa.»	37
VII.—Guerra entre el Perú y Bolivia.—El Capellán de Armada.—Su actividad para ganarse los ánimos de los soldados.—El combate.—La victoria	39
VIII.—Muere su hermano.—Es nombrado Cura y Vicario Apostólico.—Su celo por la salud de la nueva grey.—Se propone levantar una iglesia.—Firmeza apostólica.—Renuncia del cargo.	47
IX.—El Catecismo en Ejemplos.	54
X.—Se propone ingresar en la Compañía de Jesús	55

	<u>Págs.</u>
XI.—Últimos recuerdos de mi amigo	56
XII.—Conclusión de estas memorias	57
CAPÍTULO IV.—Otros dos documentos	58
CAPÍTULO V.—Despedida de la patria.—En el mar	63
CAPÍTULO VI.—Llegada á París.—Va á Paray- le-Monial	70
CAPÍTULO VII.—En Valsálice	75
CAPÍTULO VIII.—Muerte de Don Bosco.—Su amor al gran Padre.—Va á Lanzo	87
CAPÍTULO IX.—Sus votos religiosos.—«Non ha- bemus hic manentem civitatem.»—Fervor con que celebra.—Se le da por compañero, el Prín- cipe Czartoryski	96
CAPÍTULO X.—Grave riesgo.—Confianza en Ma- ría.—Trabajo.—Caridad con el enfermo.— Prácticas de piedad	101
CAPÍTULO XI.—Mansedumbre y franqueza.—De- voción á María Auxiliadora.—En Saboya	107
CAPÍTULO XII.—Su amor al retiro.—Sus obras	113
CAPÍTULO XIII.—La obediencia es lo mejor.— Amor á la oración	117
CAPÍTULO XIV.—Para morir en la brecha	123
CAPÍTULO XV.—Paz del justo.—Recuerdo de la Madre	129
CAPÍTULO XVI.—Deseos del Paraíso.—«Sordet tellus.»—Su santa muerte	137

VICARIATO GENERAL

DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA



*Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse la obrita titulada: **Biografía de Don Camilo Ortúzar**, por DON DIEGO DE CASTRO, mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la obrita, y entréguese dos ejemplares de la misma, rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.*

Barcelona, 27 de Marzo de 1903.

El Vicario General,
RICARDO CORTÉS.

Por mandado de Su Señoría,
LIC. JOSÉ M.^a DE ROS, PBRO.
Srio. Canc.

